ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

JUEZ Y REO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FERNANDO SOLDEVILLA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1900

JUEZ Y REO

JUEZ Y REO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FERNANDO SOLDEVILLA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, la noche del 27 de Enero de 1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA, *esposa de Valdenebros* (22 años.).	SRTA. MORENO.
LUISA, *hermana de Vargas* (22 á 25 id.)..	SRA. ARGÜELLES.
DON PABLO DE VARGAS (35 á 40 id.) *aspecto militar*......................	SR. AGUADO.
DON FÉLIX DE OLMEDO, *oficial de la Guardia* (25 á 30 id.).................	LARRIBA.
DON IGNACIO VALDENEBROS, *magistrado* (50 á 55 id.).................	BUENO.
MARTÍN, *asistente viejo de D. Pablo*...	SOLER.
ANTONIO, *criado de Valdenebros*......	MÁS.
[illegible]	FERNÁNDEZ.
[illegible]	RICO.

Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo:

Mi respetable y distinguido amigo: Cinco años hace que este pobre drama, después de haber obtenido la aprobación, seguramente demasiado benévola, de los ilustres escritores D. Federico Balart y D. Jacinto Octavio Picón, y de haber sido sacado de papeles por el insigne Mario (q. e. p. d.), rodaba de teatro en teatro sin apoyo de nadie, y, por tanto, sin que nadie tampoco le tendiera una mano compasiva, hasta que usted, constante amparador de todas las causas abandonadas y protector generoso de todos los humildes, espontáneamente, y sin que mediara para ello más que el conocimiento de lo ocurrido con la obra, se interesó por ella, y poniendo á su favor todo el entusiasmo y toda la energía proverbiales en usted, cuando de hacer un bien se trata, no cejó hasta verla representada.

Es tanto más de agradecer este favor inmenso que usted me ha dispensado, cuanto que, aparte el respeto afectuoso que yo pudiera profesarle, jamás me ha

unido á usted una amistad íntima; ni personal, ni mucho menos política; pues siempre he tenido el sentimiento de militar en bandos distintos del que usted, con tanta gloria personal, acaudilla.

Razón demás es esta para que, no teniendo yo otro medio de corresponder á la generosidad de usted para conmigo, me apresure á rendirle aquí público testimonio de mi gratitud sincera y de mi profundo reconocimiento; rogándole á la vez,—pues el obtener un favor dió siempre audacia para solicitar otros nuevos,—que me conceda el honor de aceptar benévolamente esta humilde obra; de recibir con agrado este JUEZ Y REO *que va reverente á besar á usted las manos por encargo de su autor, y á decirle que éste queda siempre de usted agradecidísimo amigo y servidor respetuoso*

Fernando Soldevilla

Madrid, Febrero de 1900



ACTO PRIMERO

Sala-despacho de don Pablo; pobre, pero severa y limpiamente amueblada. Una panoplia con espadas y pistolas. Dos retratos de mujer, una joven y otra de más edad, colgados en la pared. Tras el de la derecha, que deberá colocarse de modo que gire como si fuese una ventana, habrá un escondite. Mesa escritorio con un belón y papeles y planos sobre ella, en primer término á la derecha. Puertas al foro y derecha é izquierda en segundo término. En primer término, á la izquierda, una ventana. Por izquierda y derecha, se entiende la del espectador. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON PABLO, después MARTÍN. Al levantarse el telón don Pablo sentado en la silla del escritorio y echado sobre la mesa duerme. Después de un momento entra Martín

MAR. (Señalando á don Pablo) Siempre lo mismo! ¡Ha pasado la noche en vela y se ha dormido al fin, vencido por el cansancio y la fatiga! Y acabará por perder la salud sin que le sirvan de nada nuestras advertencias y nuestros cuidados. (Llegándose á don Pablo.) ¡Casi me da lástima despertarle! (Tocándole.) ¡Señor, señor!; ¡mi coronel!

PAB. (Despertándose algo inquieto.) ¿Quién? ¡Ah! ¿Eres tú, Martín?

MAR. (En tono de reconvención cariñosa.) ¡Sí, yo soy, señor!

MAR. Sí, y con fuerza, como el que quiere entrar en seguida.

PAB. ¿Quién puede venir á estas horas? (Inquieto, mirando los papeles que hay sobre la mesa.)

MAR. Vaya usted á saber.

PAB. Anda, anda á ver quién es y si es desconocido. (Vuelven á llamar.)

MAR. ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Pues no traen poca prisa! (Vase Martín.)

ESCENA II

DON PABLO. Recoge los papeles y los guarda apresuradamente en un escondite que habrá disimulado en la pared, detrás del retrato más próximo á la mesa

¡Quién sabe! ¿Tendrá razón Martín? Seamos prudentes, por si acaso; pues de mi prudencia dependen la vida de muchos hombres y la tranquilidad de muchos hogares. ¡Una catástrofe sería horrible! Pero no. Dios querrá ayudarnos. ¡Bien sabeis, Señor, que sólo un espíritu de caridad y de justicia nos anima! La vida es imposible en esta atmósfera de negros odios, de venganzas horribles, de infames delaciones, de asesinatos, de horcas y de verdugos. ¡No, no! Dios no puede querer eso, y nos protegerá.

ESCENA III

DON PABLO, MARTIN, DON FELIX

MAR. (Entrando y dirigiéndose á don Pablo.) Es el señor de Olmedo. (Dirigiéndose á don Félix y señalando á don Pablo.) Ahí le tiene usted, señor don Félix; esta noche no se ha acostado.

PAB. (Saliendo al encuentro de Olmedo con los brazos abiertos.) ¡Tu, querido Félix! ¡Tú! Un oficial de la Guardia visitando con tanta frecuencia la casa del revolucionario, del impío, del negro, del impurificado... ¿Estás en tu juicio? (Vase Martín.)

ESCENA IV

DON PABLO y DON FÉLIX

FÉLIX ¿Y por qué no he de estarlo, mi querido don Pablo?

PAB. ¡Quién sabe! Otro que no fuese tan generoso y tan... temerario como tú, seguramente no se atrevería á tanto.

FÉLIX ¿Pues no había de atreverse? Sobre todo si le quería á usted tanto como yo. Usted no es para mí nada de eso que ha dicho. Es usted el hombre honrado, el militar valiente, el patriota entusiasta, el amigo y el compañero de armas de mi padre, con el cual compartió usted las fatigas y los peligros de la gloriosa campaña contra el extranjero, y á quien salvó usted la existencia en apuradísimo trance Es usted el hombre á cuyo lado hice yo mis primeras armas y aprendí á sentir el noble orgullo de vestir el uniforme de soldado de la patria.

PAB. Sí, es verdad todo, excepto esos favores que yo no he prestado y los adjetivos que tu cariño me prodiga y que no puedo admitir; pero desde entonces han ocurrido tantas cosas...

FÉLIX Que no tienen nada que ver con nuestra amistad. Usted siguió un camino, yo otro; usted profesa unas ideas, yo las contrarias; es cierto; pero por encima de todas estas diferencias está la amistad de nuestros corazones, el cariño que usted me profesa, el afecto que me inspira, la veneración que mi padre me enseñó á sentir por su leal amigo, afecto y veneración que subsistirán siempre, suceda lo que suceda.

PAB. ¡Siempre el mismo! No desmientes la raza. Así era tu padre, aquel soldado valeroso, aquel caballero sin tacha. Pero... vamos á cuentas... ¿qué te trae por aquí á estas ho-

ras? Porque si no me engaño esta es la hora de estar en el cuartel. (Sentándose, é invitando á Félix á sentarse.)

FÉLIX (Con temor.) Es que...

PAB. Habla, ¿que es ello? ¿Te amenaza algún peligro?

FÉLIX Es que voy á batirme.

PAB. ¡Batirte! ¿Cuándo?

FÉLIX Ahora mismo.

PAB. ¿Y con quién?

FÉLIX Con Julio San Vicente; ese petimetre tan conocido en los salones.

PAB. ¿Supongo que ese duelo tendrá una causa seria?

FÉLIX Desgraciadamente, no. Es decir, en realidad... El duelo es inevitable, porque he llegado á vías de hecho; pero la causa originaria del disgusto es insignificante.

PAB. Pues haces mal. Un hombre de honor que no necesita dar pruebas de bravura, porque ya la tiene bien acreditada, no debe, no puede exponer su vida al azar de una bala ó de una estocada.

FÉLIX ¡Y usted me dice eso! ¡Usted que expone la suya con tanta frecuencia y con tantas probabilidades de perderla!

PAB. ¡Oh! Yo .. es distinto. Yo expongo mi vida en aras de una idea, mejor dicho, de una pasión que avasalla y domina mi espíritu; en aras de la libertad que me seduce y deslumbra, y por la cual daría hasta la última gota de mi sangre (Animándose) Mira; llegará un tiempo, vendrá una época, ¡venturosa época aquella! en que los hombres se reirán de nosotros, en que nos llamarán inocentes y visionarios, y hasta pondrán en duda nuestro entusiasmo y nuestra fe; pero ese día será cuando ya nada quede por hacer en lo tocante á la dignificación del hombre, cuando éste sea libre y dueño de su pensamiento y de sus actos; pero si aquellos que hayan de burlarse de nosotros viviesen ahora y se viesen perseguidos, injuriados, escarnecidos por lo más soez de la canalla; si no tuviesen

seguridad en su hogar, ni medios de protejer la existencia de los seres queridos; si se viesen abofeteados en la plaza pública, insultados desde el púlpito, ó encarcelados por dejarse crecer la barba; si viviesen en continuo sobresalto, y además estuviesen siempre amenazados del presidio, ¡y aun de la horca! ¡ah! entonces, entonces comprenderían nuestras angustias, nuestras ansias de lucha y nuestras esperanzas en la revolución. (Transición. Levantándose.) Pero... perdóname, querido Félix, si me he dejado llevar de mis entusiasmos y he olvidado por un instante el motivo que aquí te trae. ¿Dices que el duelo?...

FÉLIX Sí; se ha originado por una insignificancia. La causa han sido esas dos cantantes del teatro italiano; la Cesari y la Cortessi. Ya sabe usted cuánto apasionan al público y cuántas disputas originan. El era partidario de una de ellas y yo admirador de la otra. Comenzamos discutiendo friamente, nos acaloramos después, y .. lo que sucede en tales casos, vinieron las frases duras, las contestaciones más duras todavía, la ligereza de las manos y el duelo irremediable.

PAB ¡En tales circunstancias!...

FÉLIX ¡Ah, sí! No hay medio de evitarlo. ¿Qué se diría de un oficial de la Guardia que no se batiese despues de lo ocurrido? Tendría que pedir mi licencia absoluta ó me expulsarían ignominiosamente del regimiento.

PAB. ¡Eso jamás!

FÉLIX Además, que estos lances por semejantes cuestiones, son cosas de todos los días. No hace muchos aún, que Manuel de la Concha y Fernando de Córdova, dos de los oficiales más brillantes de la Guardia, han sufrido un arresto en banderas por haber reñido á la salida del teatro con varios caballeros que opinaban de distinto modo que ellos en esta cuestión; y entre Luis Córdova y el duque de la Roca se ha verificado un duelo por la misma causa; por ser uno partidario

de la Cortessi, y constituirse el otro en paladín de la Cesari

PAB. ¿Tanto apasionan?

FÉLIX Mucho; casi tanto como los maestros Cándido y Romero.

PAB. ¡Signos evidentes de los tiempos! Cuando á los hombres se les prohibe pensar en cosas grandes, se apasionan por las cosas pequeñas, hasta que llega un día en que se burlan de la prohibición Y bien; puesto que el duelo es inevitable, ¿qué deseas de mí? ¿Quieres acaso que te sirva de padrino?

FÉLIX No, los nombré anoche mismo en el café del Príncipe. Son Escosura y Ros de Olano.

PAB. ¿Los poetas?

FÉLIX Sí, y distinguidos oficiales de la Guardia; tan pundonorosos como valientes.

PAB. Bien, por esa parte estoy tranquilo. ¿Qué deseas de mí?

FÉLIX (Sacando de debajo del capote una cajita que entrega á don Pablo.) (*) Deseo de usted que me guarde este objeto hasta que yo vuelva á recogerle.

PAB. (Algo turbado.) ¿Un depósito?... Es que... acaso yo tenga que ausentarme y...

FÉLIX No importa. Se trata de que le tenga usted en su poder muy poco tiempo; quizás... seguramente no llegará á media hora Este cofrecillo encierra papeles, para mí, de la mayor importancia, de un valor inmenso. Muerto mi padre, usted es el hombre que mayor confianza me inspira; por eso vengo á confiarle el depósito de lo que más estimo en el mundo. Soy solo, voy á batirme, y aunque espero que no me sucederá nada grave, si por una casualidad me sucediese, no quisiera que los papeles que aquí se encierran llegasen á conocimiento de nadie, absolutamente de nadie; por eso vengo á fiarlos á su lealtad.

(*) Si el actor, (que ha de vestir de uniforme de la época), no llevase capote, dejará la caja al entrar, disimuladamente, con el sombrero, sobre una silla próxima á la puerta; y al llegar este momento la recogerá para entregarla a don Pablo.

PAB. Si es así...

FÉLIX Usted los guarda; es cuestión de un momento, porque el lance se verifica aquí al lado, en la quinta de un amigo. Si salgo bien, como espero, antes de diez minutos volveré á recogerlos; si no... si me ocurriese alguna desgracia, si muriese ó si fuese herido gravemente, usted los echará al fuego, sin que nadie, ¿me entiende usted? absolutamente nadie tenga conocimiento de ellos; ni que sepan siquiera que me han pertenecido. ¿No es verdad que lo hará usted así?

PAB. La segunda instrucción la considero inútil, porque tú volverás á recoger tu depósito.

FÉLIX Bien, pero...

PAB. Si aconteciese otra cosa, cumpliré religiosamente lo que me ordenas.

FÉLIX Así lo espero.

PAB. Entre tanto, tardes lo que tardes, aquí lo deposito, con mis papeles íntimos y secretos, con aquellos en que me va la vida. (**Don Pablo guarda la caja que le entrega Félix en el escondite donde anteriormente guardó sus papeles.**)

FÉLIX Bien, muchas gracias; hasta luego. (**Dando la mano á don Pablo.**)

PAB. (**Estrechándosela.**) Sí, sí; hasta luego. ¡Animo! Y vuelve pronto, porque te espero con impaciencia.

ESCENA V

DICHOS, CLARA, LUISA y un momento MARTIN. Félix se dispone á salir, y en el momento de llegar cerca de la puerta entran Luisa y Clara. Don Félix, al ver á Clara, se muestra sorprendido, y como involuntariamente se queda

CLARA (**Hablando á Luisa.**) Seguramente te extrañará mi visita.

FÉLIX (¡Ella! ¿Qué se propone?)

CLARA Sobre todo, siendo por la mañana.

LUISA No he de negártelo; tu visita me causa sorpresa, porque me haces tan pocas...

CLARA ¡Pocas! Todas cuantas puedo. Pero, en fin, ya te lo explicaré todo. (Reparando en don Pablo y en Felix, que hablan.) ¿Tienes gente?

LUISA No, mi hermano y...

CLARA Buenos días, señor de Vargas.

PAB. ¡Hola, Clarita! ¡Tanto tiempo sin dejarse ver por esta casa! ¡Y cada día más guapa!

CLARA Muchas gracias.

PAB. Usted nos olvida.

CLARA Eso, jamás.

PAB. Pues es usted ingrata, porque aquí se la recuerda mucho. No hay día en que Luisa no me hable de usted.

CLARA ¡Querida Luisa, yo también te recuerdo y te quiero muchísimo, y en mi casa se te nombra con frecuencia. Mi marido, aunque no les visita; les quiere á ustedes como si toda su vida les hubiera tratado.

LUISA Aquí tienes también al señor de Olmedo.

CLARA ¡Ah, sí! Otro ardiente defensor de tu hermano ante mi marido.

FÉLIX Cumplo con un deber.

CLARA Con el derecho y la confianza que le da la antigua amistad que con nosotros tiene, no hay día que no libre una batalla á favor de don Pablo. Y yo también le defiendo á usted.

PAB. Pues qué, señora, ¿acaso su marido de usted es mi enemigo?

CLARA No, eso no; su adversario; pero honrado y leal.

FÉLIX El señor Valdenebros, como magistrado, piensa como lo es, como un hombre de ley, chapado á la antigua.

PAB. (Con algo de ironía.) Sí, le conozco, le conozco mucho; tengo ese honor.

FÉLIX Es ardiente partidario del Rey.

PAB. Yo lo soy también.

FÉLIX Sí, pero él no transige con reformas ni constituciones, y, por lo tanto, es adversario de todos los liberales.

PAB. Vamos, sí, enemigo de los pícaros negros.

CLARA Pero no de usted, de cuya honradez y rectitud tiene la más firme convicción y la más alta idea.

PAB. Yo también me complazco en reconocer que su fama de íntegro y honrado, aunque severa, es general hasta entre sus adversarios.

LUISA (A Clara.) Pero, vamos, dime, ¿á qué debemos el placer de verte después de tantos días?

CLARA (Con marcado fingimiento. Aunque se dirige especialmente á Luisa, hará como que habla con todos, á fin de que don Pablo y Félix, no estén tanto tiempo en situación que parecería desairada) Pues... precisamente en esta tardanza tienes la explicación de mi matinal visita. Todos los días pensaba venir á verte, pero como ya sabes que mi marido, por causa de la maldita política, no quiere, aunque les aprecia mucho, venir á tu casa, esperaba yo ocasión oportuna para hacerte una visita muy larga y hablar de todo por espacio de mucho tiempo; pero nunca se me arreglába; hasta que hoy, al salir de misa y pasar por tu puerta, me dije: Ahora voy á saludarla, porque si no, no va á llegar nunca.

LUISA Has hecho bien, pues ya sabes cuánto me regocija el verte. ¿Y has venido sola?

CLARA No. He venido con Petra, aquella criada vieja que ya conoces

MAR. Señora .. (Desde la puerta.)

LUISA ¿Qué hay? (Se acerca a Martín y hablan en voz baja. Entre tanto dice Félix a Clara.)

FÉLIX (Como despidiéndose.) Señora, si usted me lo permite...

CLARA ¿Tan pronto se marcha usted? (Quédate, quiero hablarte.)

LUISA (A don Pablo.) Por ti preguntan dos caballeros que desean hablarte a ti solo.

PAB. (Serán ellos.) (A Luisa.) Vé tú misma, y si son Quiroga y Belmonte hazles pasar á la sala y que no nos interrumpa nadie. (A Clara.) Señora, con su permiso. (A Félix.) Hasta luego. (Vase por la derecha.)

LUISA Permítanme un momento, que en seguida vuelvo á su lado. (Vase por foro.)

ESCENA VI

CLARA y FÉLIX

CLARA (En voz baja y reconcentrada; con acento apasionado y nervioso) ¿Vas á batirte, no es verdad?

FÉLIX No; es decir, sí; ¿pero cómo lo has sabido tan pronto?

CLARA Es inútil que finjas. Me enteré anoche mismo al salir del teatro Italiano. Lo sabía todo el mundo. ¡Qué noche he pasado! Estaba segura de encontrar aquí noticias tuyas; por eso vine. ¡Cómo deseaba que amaneciese! ¿Y te bates por mí?

FÉLIX ¿Y por quién si no había de batirme?

CLARA ¡Pero eso es imposible! El escándalo va á ser grande; se sabrá todo.

FÉLIX Tranquilízate, tu nombre no ha sonado para nada. Fué una alusión muy breve, y antes que terminara de salir de sus labios, ya mi mano le impidió que continuase. Para todo el mundo, el duelo es por defender cada cual de nosotros á una de las cantantes del teatro.

CLARA ¡Pero es que no quiero que te batas! ¡Mírame, tengo fiebre!

FÉLIX ¡Dejar de batirme! ¿Quieres que me deshonre?

CLARA ¡Deshonrarte!

FÉLIX Sí; le he abofeteado en el vestíbulo del teatro, delante de todo el mundo.

CLARA ¡Dios mío!

FÉLIX Pero no tengas miedo, no será nada; estoy seguro de salir bien.

ESCENA VII

DICHOS y LUISA

LUISA Vaya, ya estoy aquí. (A Clara.) Conque ahora á sentarse despacio y á contarme... (Félix coge el sombrero.) ¿Se marcha usted, señor de Olmedo?

FÉLIX Sí; me es preciso. Me detuve solamente para acompañar á Clara mientras usted volvía. Hasta después.

LUISA Adiós.

CLARA Adiós. (Vase Félix.)

ESCENA VIII

CLARA y LUISA. Se sientan

LUISA Conque... Vamos, cuéntame, ¿cómo te va desde que no nos vemos?

CLARA ¿Y tú? Cuenta, cuenta tú; que también tendrás mucho que decirme.

LUISA Nada que no sepas. Mis días son absolutamente iguales. En nada se diferencian uno de otro. Desde que apenas casada perdí á mi marido en la guerra, aquí estoy con mi hermano, que ahora, como antes de que yo entrara en el convento, y como siempre, hace para mí las veces de padre. ¿Y tú? ¿Te vas acostumbrando á tu vida? ¿Eres más feliz?

CLARA No sé qué decirte. Ni soy feliz, ni puedo llamarme, al menos ante el mundo, desgraciada. Tú conoces el hecho, pero ignoras la verdadera causa de mi matrimonio.

LUISA Solo sé que desde niña amabas á Félix, y que, sin embargo, durante una ausencia de éste, te casaste con el señor de Valdenebros.

CLARA Mi padre, arruinado y envuelto por incauto en un proceso que, á más de su fortuna, iba á costarle la honra, no obstante tener la razón de su parte, no encontró más salvador que Valdenebros, que le salvó, es cierto, de la deshonra, ya que no de la ruina; pero á condición de que yo había de ser su esposa.

LUISA Y tú, naturalmente, accediste

CLARA ¿Qué querías que hiciese? ¿Tenemos otro remedio que obedecer á nuestros padres? Además, yo quería mucho al mío. ¡Pobre padre! ¡era tan bueno! Más que por sí mismo, por su hija sentía la miseria y la des-

honra. Todo esto se evitaba casándome con Valdenebros, y me casé no obstante mis ensueños y mis esperanzas de niña; esperanzas y ensueños que tú conocías, y á pesar de la diferencia de edad y de carácter entre el que iba á ser mi marido y yo.

Luisa — Ignoraba la causa, pero conozco tu situación y te compadezco. ¿Aun no te has acostumbrado á ella?

Clara — No, no puedo. Siento por él agradecimiento, respeto; recuerdo que ha salvado á mi padre, que me ha salvado á mí de la miseria, y tal vez de la deshonra, aunque hizo todo esto imponiendo condiciones; agradezco sus cuidados por mí, la posición en que me ha colocado, todo, en fin, pero...

Luisa — Pero no le amas, ¿verdad?

Clara — Permíteme que no te conteste. Y luego... esa frialdad, esa severidad de carácter adquirida tal vez en los deberes de su profesión ejercida con escrupulosa religiosidad de padres é hijos hace ya varias generaciones; todo esto, incluso nuestra vivienda en el mismo edificio de la cárcel de la corte, te lo aseguro, me entristece, casi me amedrenta, me parece que estoy siempre delante del juez, más bien que al lado del hombre que Dios me dió para ser mi compañero y mi apoyo en el mundo.

Luisa — ¡Pobre amiga mía!

Clara — Y de tu hermano habla muy bien, aparte de sus ideas políticas; las cuales dice que serán causa de su perdición. Verdad es que, no porque me lo agradezcas, pero no hay dia en que yo no hable de tí con el cariño que me inspiras, y de tu hermano con la admiración con que siempre te oí hablar á tí. Y eso que... á veces dice que os quiero más á vosotras que á él.

Luisa — Gracias, querida Clara. No sabes cuánto me regocija tu afecto. Siempre recuerdo los días felices que hemos pasado en el convento. ¿Te acuerdas? No nos separábamos nunca; no teníamos secretos la una para la otra.

¿Pero qué tienes? ¡Estás pálida! ¿Te pones mala?

CLARA No, no es nada, (Levantándose.) el aire de la calle me repondrá.

LUISA Pero... ¿marcharte así?...

CLARA Si no es nada. Un ligero mareo... Ya pasó... Es tarde y me estará echando de menos. Adiós.

LUISA ¿Quieres que te acompañen?

CLARA No, ya te he dicho que tengo aquí á Petra que me acompaña siempre. ¿Irás á verme?

LUISA Sí, iré.

CLARA Vé esta noche; ya sabes que tenemos tertulia puramente familiar; dos ó tres amigos de mi marido.

LUISA Iré á saber si te has mejorado. (Vanse las dos por el foro.)

ESCENA IX

DON PABLO, QUIROGA y BELMONTE.—Los tres entran por la izquierda, cruzando la escena en dirección á la puerta del foro, donde don Pablo despide á los otros dos (*)

QUIR. Conque .. ni una palabra más.

PAB. Ni una palabra.

BEL. ¿Están avisados todos?

PAB. Sí: estan avisados y están dispuestos.

QUIR. ¡Dios lo quiera!

PAB. Dios nos ayude. (Vanse Quiroga y Belmonte.)

ESCENA X

DON PABLO

¡Sí, lo querrá! ¡No consentirá que una vez más fracase esta obra santa de reparación y de justicia! La iniquidad no puede ser eter-

(*) La salida de Quiroga y Belmonte puede, y aun debe suprimirse para evitar acaso deficiencias de indumentaria, ó cuando las compañías carezcan de personal. Para ello bastará que don Pablo haga solo la salida, hablando desde la puerta con Quiroga y Belmonte, los cuales, se supone que se marchan sin entrar en escena.

na sobre la tierra. Dios no puede consentir que la horca y los presidios sean los únicos fundamentos en que se sostenga una sociedad cristiana. ¡No puede ser y no será!

ESCENA XI

DON PABLO y LUISA

PAB. (A Luisa, que entra por el foro.) ¿Se marcharon ya?

LUISA Sí.

PAB. ¿Todos?

LUISA Todos.

PAB. Temí por un instante que pudieran encontrarse, y alguna imprudencia ó algún descuido...

LUISA ¿Con que es decir que no has de tener hora de sosiego?

PAB. ¡Qué quieres, hermana mía! En estos tiempos de revueltas de ansiedades y de tiranías cada hombre debe considerarse como encargado de una misión. La mía es esta y no cejaré en mi empeño hasta conseguir lo que creo honrado y justo, ó hasta perder la vida.

LUISA Desdichadamente es más fácil lo segundo.

PAB. ¡Quién sabe! Quizá no

LUISA Ese afán revolucionario será tu muerte.

PAB. No lo temo, pero si así fuese, si estuviese escrito que para restañar una gota de sangre derramada por mano del verdugo han de verterse torrentes de sangre generosa de héroes y de mártires, ¡cúmplase la voluntad de Dios!

LUISA ¿De manera que todo está tan inmediato?

PAB Sí, muy inmediato. Todo está preparado. Mañana mismo salimos... ¡y Dios decidirá!

ESCENA XII

DON PABLO, LUISA y MARTÍN

MAR. (Desde la puerta.) Señor...
PAB. ¿Qué hay, Martín?
MAR. (Entrando.) Un caballero desea ver á usted.
PAB. ¡Un caballero que desea verme!
MAR. Sí, señor.
LUISA ¿Y no dijo su nombre?
MAR. ¡Ah! Sí...
PAB ¿Cómo se llama?
MAR. Se llama... una cosa así, como Valnegro.
LUISA ¿Valdenebros tal vez?
MAR. Eso es. Valdenebros.
PAB. ¡El magistrado!
LUISA Sin duda. El marido de Clara.
PAB. ¡Qué cosa más extraña!... ¡El, que no quiere visitar esta casa!...
LUISA Quizás venga creyendo que está aquí aún su mujer.
PAB. Tal vez. En fin, vé, entérate y que pase. (Vanse Luisa y Martín.)

ESCENA XIII

DON PABLO

¡Qué querrá este hombre! Me da el corazón que no viene á nada bueno. Tiene su fama bien ganada. Hombre honrado; pero fanático, perseguidor cruel de liberales. Pero, en fin, veremos. (Ordena los papeles de la mesa, y como instintivamente colcca bien el retrato que esconde los secretos.)

ESCENA XIV

DON PABLO, VALDENEBROS, y un ESCRIBANO. Este, á una indicación de Valdenebros se queda á la puerta, de modo que apenas se le divise desde el público; pero pronto á acudir al llamamiento de Valdenebros

VALD. ¿Es al señor don Pablo de Vargas á quien tengo el honor de hablar?

PAB. El mismo, caballero. ¿En qué puedo tener el honor...?

VALD. (Hace señas al escribano porque no traspase el umbral.) Entonces, caballero... tengo que cumplir acerca de usted una penosa misión.

PAB. ¡Una misión que cumplir acerca de mí! No comprendo.

VALD. Una misión que—puede usted creerme—siento infinito llevar á cabo, pero... no obstante, he preferido, antes que confiársela á los agentes, encargarme yo personalmente de ella, á fin de suavizar para usted, en todo lo posible, lo espinoso del cumplimiento de la ley!

PAB. ¡El cumplimiento de la Ley! Repito que no comprendo...

VALD. Ahora comprenderá. Usted ya me conoce.

PAB. Tengo ese honor. (Inclinándose.)

VALD. Ya sabe usted que (Idem) soy magistrado. Pues bien, en este concepto, estoy encargado, con el carácter de juez especial, de verificar un registro en su casa de usted.

PAB. ¡Un registro en mi casa! ¿En virtud de qué derecho?

En virtud de esta real orden que puede examinar. (Le entrega un pliego que Vargas coge y examina.)

PAB. Sí, está corriente, (Devolviéndole.) pero... ¿de qué se me acusa? ¿Por qué causa?...

VALD. Está usted acusado de conspiración.

PAB. ¡Ah! ¿Se me acusa de conspirar?

VALD. Sí; en la Superitendencia de policía se ha

presentado contra usted una denuncia de conspiración con datos y documentos justificativos.

PAB. Bien, pero hasta ahora no hay más que vagas delaciones.

VALD. De las cuales hubiera yo podido prescindir; por que... vuelvo á decir á usted que se ha recibido una delación con pruebas bastantes para creerla fundada. En ella se asegura que usted es el jefe de una conspiración que habrá de estallar en breve; que está usted dispuesto á salir de Madrid de un momento á otro para ponerse al frente de los conspiradores que con usted se han comprometido; que usted guarda todos los documentos relativos á la conspiración, y que los complicados sólo esperan la orden de usted para lanzarse á la lucha.

PAB. (Con sangre fria.) ¿Todo eso dicen? Pues le han engañado á usted, señor de Valdenebros.

VALD. No me han engañado, señor de Vargas, puesto que en la denuncia se especifica hasta el sitio en que oculta usted los documentos relativos á la conspiración.

PAB. (Demostrando temor.) ¿Es cierto lo que usted dice?

VALD. ¿Si es cierto? Los papeles los guarda usted allí, en un escondite oculto en la pared, detrás de aquel retrato.

PAB. ¡Jesús!

VALD Lo siento, señor de Vargas, pero ya ve usted que la acusación no es falsa. (Se dirige al retrato.)

PAB. (Aparte.) (¡Pobres amigos míos!) (Alto, con energía, deteniendo á Valdenebros y colocándose como instintivamente delante del sitio en que guarda los papeles.) No, la acusación no es falsa. Evítese usted toda molestia. Préndame y haga lo que quiera de mí.

VALD. Comprendo, caballero, los motivos de exquisita delicadeza que le obligan á tal actitud, pero...

PAB. No hay tales motivos de delicadeza; se me acusa y confieso, porque es inútil negar. ¿Se

buscan pruebas? ¿Para qué más que mi confesión? La misión de usted ha terminado. ¡Vamos! (Señalando hacia la puerta.)

VALD. No, aún no, señor de Vargas.

PAB. ¿Que no?

VALD. No. Por grandes que sean la generosidad de usted y sus ansias de sacrificios para no descubrir á aquellos que con usted están comprometidos, ese sacrificio sería inútil.

PAB. ¡Inútil! ¿Qué más se quiere?

VALD. Yo tambien tengo deberes que cumplir. Se me ha encargado descubrir toda la trama de la conspiración, haciéndome saber que toda ella está en los papeles de usted.

PAB. Pero... (Poniéndose más próximo al sitio en que oculta los papeles, como defendiéndolos.)

VALD. Aunque lo sienta, me es preciso examinarlos.

PAB. (Angustiado.) ¡Por Dios, caballero! ¡Por lo que más ame su corazón! Usted, que es hombre de honor; usted, que me ha mostrado simpatías, sin duda porque me juzga honrado, aunque vivamos en campos distintos, compadézcase de mí. Comprenda lo horrible de mi situación. No niego que he conspirado; sería inútil; préndame usted y quíteme la vida cuanto ántes; pero, por su honor, no mire usted esos papeles, que ya no me conciernen á mí, y que sólo comprometen y denuncian á desdichados, á hombres de valor y de fe, que habían contado, no sólo con mi honradez, sino con mi habilidad y mi prudencia. Yo soy el jefe de la conspiración; contra mí se ha presentado la denuncia, que reconozco justa. Conténtese usted con mi declaración. Se lo rogaré, si es preciso, de rodillas; y ¡es la primera vez que Pablo de Vargas ruega á otro que á Dios.

VALD. Caballero, puede usted creerme, si lo que me pide fuera posible, con extraordinario placer accedería á ello. Pero yo tampoco puedo faltar á mi deber; no soy un hombre, soy un magistrado; la ley manda, y yo obedezco.

PAB. (Desesperado y abatido.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desesperación y qué vergüenza! ¡Qué dirán de mí aquellos que á mi discreción y á mi prudencia fiaron sus vidas!

VALD. En cuanto á eso, señor de Vargas, nada tiene usted que reprocharse. Entre los comprometidos ha habido un traidor, un Judas, que lo ha revelado todo.

PAB. ¡Oh, su nombre, el nombre de ese miserable!

VALD. Ya comprenderá usted que eso es imposible. Acaso he dicho ya más de lo conveniente. Y ahora, caballero... termina el hombre y empieza el magistrado. Tenga usted la bondad de franquearme ese secreto. (Don Pablo obedece y cae anonadado en una silla, ocultando la cabeza entre las manos. Valdenebros llama al Escribano indicándole que se siente y escriba. El Escribano obedece y Valdenebros va sacando del escondite los papeles cuyos títulos lee en voz no muy alta. El Escribano los anota, repitiendo en voz baja la última palabra de cada título, ó simplemente indicando con un movimiento de cabeza que ya ha terminado.) Escriba usted. (Al Escribano. Leyendo los papeles.) «Plan de alzamiento.»

ESC. Alzamiento.

VALD. «Relación de los puntos que ha de ocupar cada grupo.»

ESC. Grupo...

VALD. «Nombres de los afiliados.»

ESC. Afiliados...

VALD. (A don Pablo mostrándole la cajita de Félix.) Aquí hay una cajita cerrada.

PAB. (Volviendo de su estupor.) ¡Ah! sí, ya no lo recordaba. De esa... no tengo la llave, caballero, porque no me pertenece.

VALD. ¿Que no le pertenece?

PAB. No; es un depósito que hace poco me ha sido confiado y que prometí devolver á su dueño ó destruirlo sin enterarme de su contenido.

VALD. Pero... ya comprenderá usted que sin que yo dude de su palabra, mi deber...

PAB. Ya he dicho á usted que eso no me perte-

necece, y creo que debe bastarle el haber revisado todos mis papeles y haberse apoderado de ellos.

VALD. No obstante, mi obligación es reconocerlo todo.

PAB. ¡Tambien esto!

VALD. ¿Quién es la persona, el amigo que ha confiado á usted este depósito?

PAB. Sin su consentimiento no puedo decirlo; sería faltar á mi palabra y á la confianza que en mí depositó.

VALD. Yo no vería inconveniente en ello. De este modo, en presencia de esa misma persona, podríamos abrir el cofrecillo y no tendría necesidad de llevármelo.

PAB. No puedo; he jurado no decírselo á nadie.

VALD. ¿Y sabe usted al menos qué clase de papeles contiene?

PAB. No sé, pero lo que sí puedo afirmar es que son papeles de familia; papeles íntimos que en nada se relacionan con la conspiración ni con la justicia. De esto doy mi palabra de honor.

VALD. Señor de Vargas, repito que no dudo de su palabra ni de su buena fe; pero... mi deber me impide ir más allá. Debo llevarme esta caja y unirla á lo demás.

PAB. ¡Por Dios, señor de Valdenebros, por lo que más ame usted en su vida; esa caja no, se lo ruego!

VALD. Otro en mi puesto ya habría hecho saltar la tapa y se hubiera enterado de lo que contiene. Yo, no lo hago; antes al contrario, aunque me es imposible acceder á su ruego de usted, le prometo que en lo que de mí dependa, el secreto se guardará.

PAB. ¡De verdad!

VALD. Yo transmitiré al ministro la palabra de honor de usted; daré la mía de que le creo y él decidirá.

PAB. Gracias, muchas gracias; ¡por lo menos, que no tenga que sufrir este último golpe!

VALD. Y ahora, caballero... yo siento...

PAB. Sí, sí, comprendo, me declara usted preso. Estoy á su disposición. Vamos.

ESCENA XV

DICHOS y MARTÍN

PAB. (A Valdenebros.) Si usted me permite. (Valdenebros se inclina y luego habla con el Escribano como distraído.) ¡Martín!

MAR. ¡Señor! ¿Qué es esto? ¿Va usted?...

PAB. Sí, voy preso. Ahora ni una palabra á la señorita. Que no se entere. Después... consuélala y hazle creer que no será nada.

MAR. Está bien, señor.

PAB. (Aparte, con rapidez y en voz más baja á Martín.) Cuando venga el señor de Olmedo le dices que su depósito se lo ha llevado el señor de Valdenebros con todos mis papeles. (A Valdenebros.) Ahora, señores, si ustedes lo permiten, salgamos por aquí para que no se entere mi pobre hermana.

VALD. Por donde usted guste.

PAB. Vamos.

VALD. (Al Escribano.) Ordene usted que recojan después todas esas armas. (Salen por la izquierda.)

ESCENA XVI

MARTÍN

¡Preso, preso! ¡Si lo estaba diciendo! No podía suceder otra cosa. ¡Y esta vez no hay emigración que valga! ¡No hay más que el calabozo, el presidio y .. quién sabe! acaso lo más tremendo!

ESCENA XVII

MARTÍN y DON FÉLIX

FÉLIX ¡Don Pablo! ¡ya estoy aquí! He salido ileso. (Martín afligido.)

MAR. ¡Ah, señor de Olmedo, qué desgracia!

FÉLIX ¡Desgracia! ¿Qué ha ocurrido? ¿Y el señor de Vargas?

MAR. ¡Mi señor no está en casa, ni lo estará quizás en mucho tiempo!

FÉLIX ¿Qué dices, Martín?

MAR. Que el coronel acaba de ser arrestado.

FÉLIX ¡Arrestado! ¿Preso don Pablo?

MAR. Sí; preso.

FÉLIX ¿Por qué?

MAR. Ya lo supondrá usted; porque conspiraba.

FÉLIX ¡Qué desdicha!

MAR. El señor de Valdenebros acaba de prenderle ahora mismo y se ha apoderado de todos los papeles.

FÉLIX (Asustado.) ¿Que el señor de Valdenebros se ha apoderado de todos los papeles?

MAR. Sí, señor.

FÉLIX ¿Y se los ha llevado?

MAR. Todos.

FÉLIX ¿Incluso un cofrecito?...

MAR Sí; el que usted dejó en depósito al señor.

FÉLIX ¡Jesús! ¡Pobre Clara mía!

MAR. ¿Tan importante era?

FÉLIX ¡Oh, sí, mucho! ¡Contenía en su fondo el honor y la vida de tres personas! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho de Valdenebros, amueblado con el caracter propio de la época y los detalles correspondientes á la habitación de un magistrado. En un rincón los sables, y sobre la mesa escritorio, colocada á la izquierda, las pistolas de la panoplia de don Pablo. Puertas al fondo y á ambos lados. A la derecha, una chimenea con un sofá y una butaca á cada uno de los lados respectivamente. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, limpiando y arreglando las armas

¡Pobre señor de Vargas! ¡Hasta las armas de su uso particular le han recogido! No, pues yo les favorezco cuanto puedo. Tal vez algún día me cueste caro, porque... como este me descubra, no me salva ni el estar en su casa, ni el respeto y la sumisión conque le sirvo... Pero no importa; no por ser criado he de dejar de tener mis opiniones; la Constitución proclama mis derechos, lo mismo que los del amo. ¡Por eso yo, soy constitucional! Vaya, vaya; arreglaremos el cuerpo del delito. (**Arregla las armas y tararea el himno de Riego.**)

ESCENA II

VALDENEBROS, el ESCRIBANO

VALD. (A Antonio.) Déjanos. (Vase Antonio. Los recién llegados se sientan. Valdenebros en su sitio, el Escribano enfrente, al otro lado de la mesa.) ¿Están ya presos todos?

ESC. Casi todos. Algunos, muy pocos, no han parecido todavía, pero parecerán.

VALD. ¿Y de los papeles?

ESC. El señor ministro me ha repetido las órdenes que dió á su señoría personalmente: que los guarde todos y que entienda en absoluto y con libertad completa en la causa; pero que haya mucha energía.

VALD. ¿Y respecto á la caja?

ESC. Ha insistido en lo que ya le dijo. En que sea su señoría quien los examine con detención. Aquí la tiene usted. (Le entrega la caja.)

VALD. (Cogiéndola.) No hay más remedio. Yo bien hubiera querido cumplir mi palabra y evitar al señor de Vargas ese disgusto; pero no es posible; es necesario revisarlo todo.

ESC. Su excelencia lo ha ordenado terminantemente. Dice que no se fía de las palabras de los revolucionarios, y que cuando Vargas mostró tanto empeño en no entregar la caja, es que en ella guarda algo interesantísimo, que usted acaso encuentre examinándolo despacio.

VALD. Yo no lo creo; pero quien manda, manda. Diga usted que así se hará.

ESC. (Levantándose.) ¿No me necesita su señoría?

VALD. No. Ya comunicaré el resultado de este examen. Usted á procurar prender cuanto antes á los que aún no han sido detenidos. (Vase el Escribano.)

ESCENA III

VALDENEBROS examinando la caja sin abrirla

Es indudable que esto ha pertenecido á una mujer. El perfume que despide lo indica claramente. Pero, ¡vaya usted á saber! Alguna aventura galante del revolucionario. En fin, veamos qué contiene (Abre la caja haciendo saltar la cerradura con cualquier objeto á propósito que habrá sobre la mesa.) ¿No lo dije? Cartas de mujer. Pero, ¿qué es esto? (Mirando las cartas con asombro.) ¿Estoy soñando? ¡Sí, sí! ¡Esta es letra de Clara... de mi mujer! ¡Y esta!... ¡Y esta! (Viéndolas una por una.) No hay duda... Esta es su letra; su letra fina y nerviosa, de ligerísimos perfiles y enmarañados rasgos. ¡Y su firma! ¡Sí! su firma, puesta aquí como el padrón de mi deshonra! ¡Ah, miserables! Pero... despacio, despacio... no juzgue temerariamente antes de tiempo. ¿A ver á quién están dirigidas? (Repasándolas.) «¡Alma mía!... ¡Corazón mío!... ¡Vida mía!...» ¡Todas, todas así!... Ni un nombre ¡Ah, infames! Eran precavidos y prudentes; pero no les ha de valer su astucia. Ahora comprendo sus visitas á Luisa y el entusiasmo conque de ese hombre, de Vargas, me hablaba... Porque no, ¡no hay duda! ¡Es él, él, su amante! Por eso mostraba tal afán en ocultar la caja... Toda su sangre será poca para lavar mi afrenta! ¡Y yo, que he estado á punto de faltar á mi deber y no dar cuenta del hallazgo!... Pero, despacio, despacio, digo; que la ira no me ciegue, que es mala consejera, y hará que me deshonre yo mismo... ¿Será él el culpable?... «Esa caja es un depósito», me dijo. ¿Habrá dicho verdad?... Pero no; eso es una excusa, una estratagema burda, como sus juramentos, para que yo no abriera la caja. Si las cartas no hubieran sido de Clara, de mi mujer, no habría tenido inconvenien-

te algu o en dejármela abrir, porque podía estar seguro de mi discreción Es preciso saberlo. Calma... Una cosa resulta evidente: la traición de ella. El cómplice es el que falta conocer con certeza. Ella me lo dirá. (Se dirige hacia la puerta de la izquierda y se vuelve.) ¡Pero no, todavía no! Es preciso que nadie, absolutamente nadie, ni el mismo miserable que me ha deshonrado, goce con mi sufrimiento y mi deshonra. Es preciso que ignore que he descubierto mi afrenta, no piense acaso que transijo con ella, ni siquiera por un instante. ¡No! Cuando sepa que conozco su crimen, reciba al mismo tiempo el castigo, y que mi nombre no sea el ludibrio de la sociedad toda... (Guarda cuidadosamente la caja y llama con la campanilla de la escribanía.)

ESCENA IV

VALDENEBROS, ANTONIO

ANT. (Desde la puerta.) ¿Qué manda el señor?

VALD. Diga usted á la señora que coma sin mí, que salgo y no sé cuándo volveré. (Amargamente.) Y ahora al Tribunal; á evitar sospechas; á decir la verdad: que la caja no contenía nada importante para el proceso; y á preparar mi venganza: una venganza sin ruído ni sangre, pero tremenda, como el dolor y la afrenta que me han causado. (Antonio se inclina para dejarle pasar. Vase Valdenebros y entra Antonio.)

ESCENA V

ANTONIO

ANT. ¿No lo dije? Hay tormenta. ¡Pobre del que que hoy caiga en sus garras! ¡Qué hombre!

ESCENA VI

ANTONIO, FÉLIX

FÉLIX Antonio.

ANT. ¡Señorito!

FÉLIX ¿Está don Ignacio?

ANT. No, señor; acaba de salir.

FÉLIX ¿Volverá pronto?

ANT. Eso nc lo puedo decir. Al marcharse me dijo que avisara á la señora que no come en casa; pero ya sabe usted lo que es; lo mismo puede estar fuera todo el día que volver en seguida.

FÉLIX ¿Y la señora, está visible?

ANT. No puedo decir al señor...

FÉLIX Pues anda, avísala de mi llegada y pregunta si puedo verla para un asunto urgente.

ANT. Voy en seguida. (Vase.)

ESCENA VII

FÉLIX

FÉLIX ¿Lo sabrá ya? ¿Habrá tenido algún disgusto? No. Aun me parece pronto. Es preciso prevenirla. ¡Pobre Clara! ¡Decírselo todo y afrontar la situación con valentía, buscando los medios de salvarla ó de perecer los dos! ¡Ojalá no sea tarde! (Antonio vuelve á salir después de avisar á Clara y se va por el foro.)

ESCENA VIII

FÉLIX, CLARA

CLARA ¡Por fin has llegado! ¡Con qué impaciencia te aguardaba!

FÉLIX Yo también tenía deseos vivísimos de verte.

CLARA ¿Qué ocurre? ¿Te ha sucedido algo? ¿Estás herido?

FÉLIX — No. Ahora no se trata de eso.

CLARA — ¿Pues qué sucede? Lo principal es que no no te haya acontecido nada.

FÉLIX — Sucede una cosa terrible. Una degracia inmensa. Tu marido, el señor Valdenebros, se ha apoderado de tus cartas; de esas cartas que guardaban al mismo tiempo mi dicha y ten honra

CLARA — ¡Jesús! ¿Cómo puede ser eso?

FÉLIX — Ya sabes que para cortar las murmuraciones de Julio me batí con él esta mañana.

CLARA — ¡Sí! ¿Qué?

FÉLIX — Pero lo que ignoras es que por si acaso me acontecía algún contratiempo, quise dejar tus cartas en lugar seguro para que no fuesen á manos de nadie.

CLARA — Debiste haberlas quemado. ¡Siempre te lo he dicho!

FÉLIX — Es verdad. Pero eran tuyas y me faltaba valor para ello.

CLARA — Prosigue.

FÉLIX — Pues bien; con ese propósito se las entregué á don Pablo de Vargas, en cuya lealtad tengo la más completa confianza, con intención de ir á recogerlas cuando el duelo terminase, ó de que las arrojase al fuego sin leerlas si yo no las podía recoger.

CLARA — ¿Y qué? ¿No lo ha hecho?

FÉLIX — ¡No, desgraciadamente!

CLARA — ¿Ha faltado á su palabra?

FÉLIX — No, eso no. Vargas no falta jamás á ella. Es que no ha podido; ha sido preso, acusado de conspiración esta misma mañana.

CLARA — Bien... pero... ¿esas cartas estarán en su casa?

FÉLIX — No; el juez que ha preso al señor de Vargas y ha recogido sus papeles es el señor de Valdenebros.

CLARA — ¡Mi marido!

FÉLIX — Sí, tu marido, que á estas horas conocerá nuestro crimen; porque es de ambos, porque si tú eres su esposa, yo paso por uno de sus mejores amigos

CLARA — Estamos perdidos.

FÉLIX — Perdidos, sí: por mi culpa, por imprudencia mía. Si debieras aborrecerme y maldecirme.

CLARA — ¿Maldecirte? ¿Por qué?

FÉLIX — Por haberte perdido. Por haber causado tu eterna desventura.

CLARA — ¡Oh, no! ¡Pobre Félix! Este hecho me aterra, me anonada, pero no me sorprende. Desde que, impulsados por esta pasión que nos avasalla, dejamos de ser honrados, desde entonces mismo, como el criminal aguarda la sentencia, aguardaba yo este momento; pues estaba segura de que un día ú otro había de llegar. Tu único delito después, ha sido el conservar esas cartas que debiste destruir.

FÉLIX — Mil veces lo intenté; pero nunca tuve valor para desprenderme de ellas; eran una dicha y un consuelo para mí, como todo lo que de tí procede.

CLARA — ¡Dios mío, Dios mío!

FÉLIX — ¡Oh, no te desesperes! Pensemos en lo que hemos de hacer para salvarte. Es preciso luchar. ¿Pero qué hacer?

CLARA — Lo ignoro. Las circunstancias lo dirán. Ahora lo que es preciso, lo que es absolutamente indispensable, es que te marches en seguida, que no te encuentre aquí al volver.

FÉLIX — ¡Marcharme! ¡Abandonarte! ¡Eso... jamás! ¡Que vuelva y me encuentre, que sacie en mí su rencor y su odio, que me mate si quiere; sí, que me mate con tal que se contente con eso; pero á tí!...

CLARA — ¿Pero no comprendes que al hallarte aquí agravas mi situación? Y... quién sabe; acaso no haya abierto la caja, cuando nada me ha dicho...

FÉLIX — Tal vez sea cierto: pero en todo caso aquí me quedo; á tu lado; juntos en la culpa, juntos en el castigo; unidos por el pecado, unidos también por la expiación. ¡Así, así, unidos para siempre; de ese modo te defenderé!

CLARA — No; de ese modo te perderás sin salvarme. Déjame á mí; soy una mujer y no se atre-

verá á maltratarme. No sólo soy *una mujer;* soy su mujer, ¡la suya!

FÉLIX (Celoso.) ¡Sí! ¡es verdad!... ¡Acaso pudiera perdonarte!

CLARA (Entendiendo la alusión.) Mi marido no me perdonará; es de los que no perdonan jamás; pero su amor propio, su pundonor, el respeto que á sí mismo se debe... y se tiene, evitarán una violencia contra mí; mientras que si te encuentra...

FÉLIX ¡Pues no importa; no me separaré de ti! ¡Huye conmigo! ¡Ven! Si no hay otro modo de salvarte, te salvarán mis brazos ó moriremos juntos.

CLARA ¡Oh! ¡Eso nunca! ¡Huír no; jamás! Ya es bastante haberle deshonrado; ¡matarle no! y su deshonra, publicada con nuestra fuga, le mataría.

FÉLIX Pues entonces, me quedo.

CLARA ¡No, por Dios! Siento pasos; vete. Me dice el corazón que es él. ¡Márchate!

FÉLIX ¡No; que venga, que venga! Todo antes que abandonarte. ¡Eso sería ser el último de los cobardes. (Aparte á Clara al ver entrar á Valdenebros.) ¡Aguardemos que hable!

ESCENA IX

DICHOS y VALDENEBROS.—En toda esta escena la actitud de Valdenebros es marcadamente irónica, dejando adivinar que contiene su enojo á duras penas. Clara deja ver su miedo á través de su fingida tranquilidad, y Félix aparece como cohibido, pero sin manifestar temor

VALD. Hola, ¿usted aquí, señor de Olmedo?

FÉLIX Sí, yo que...

VALD. Apostaría á que adivino lo que le trae á usted por aquí a estas horas.

FÉLIX ¿Adivina usted?

VALD. Sí. Seguramente viene usted á suplicar á mi mujer que influya conmigo á favor de su amigo de usted el señor de Vargas.

FÉLIX Yo...

CLARA En efecto; el señor de Olmedo acaba de participarme lo acontecido esta mañana; tú nada me habías dicho, y, á la verdad, nos ha llenado el alma de tristeza. El es el mejor amigo del señor de Vargas, le quiere y le respeta como á un padre; y yo ya sabes el afecto tan sincero y profundo que profeso á Luisa, la hermana de don Pablo... Por eso...

VALD. Sí, ya lo sé; por eso dije que adivinaba el objeto de la visita del señor de Olmedo.

CLARA Y bien, ¿qué podemos esperar?... Es muy grave la acusación.

FÉLIX ¿Será condenado?

VALD. (A Clara.) ¿Tanto te interesas por su suerte?

CLARA Yo, sí; con toda mi alma. Por su pobre hermana.

FÉLIX Yo también, señor de Valdenebros. Es el más cariñoso y leal de los amigos. ¡Oh! ¡Si le condenaran!

VALD. (¡Qué sospecha! ¿Estará éste en el secreto? Me parece que todo el mundo lee en mi rostro mi deshonra.) No hay que llevar las cosas tan al extremo. Ese señor de Vargas es, en efecto, un hombre peligroso, inquieto, conspirador incorregible. Dos veces ha estado en la emigración por enemigo de lo existente. Ahora mismo, no obstante haber sufrido la purificación y de estar vigilado por el Gobierno, conspiraba, y de haber caído en otras manos...

CLARA Pero tú le salvarás ¿No es cierto que le salvarás?

FÉLIX ¡Oh, sí, sálvele usted! Es un caballero perfecto, y aparte sus ideas, el hombre más honrado y de más noble corazón que usted ha conocido.

VALD. (¡No hay duda! Este conoce mi vergüenza.) (A don Félix.) No hay que adelantar tanto... El señor de Vargas será eso que usted dice y aun más, yo me complazco en reconocerlo; pero los hechos de que se le acusa son graves, y el registro de sus papeles...

CLARA ¿Lo ha demostrado? (Con sobresalto.)

FÉLIX ¿Lo prueba?

VALD. ¡Tal vez!

CLARA ¡Pobre Luisa! Cómo había de figurarse cuando la visité esta mañana.

VALD. (Mirando fijamente á Clara.) ¡Ah! ¿Has estado hoy en casa del señor de Vargas?

CLARA (Con marcada turbación.) En su casa... sí; es decir, en casa de su hermana; á la que hacía bastantes días que no visitaba.

VALD. ¿Y le has visto á él?

CLARA Sí; allí estaba casualmente el señor de Olmedo.

VALD. ¡Ya!

CLARA Y bien... ¿Qué podemos esperar?

VALD. ¡Oh, esperar!... ¡Quién sabe! ¡Acaso mucho, tal vez nada! Pero aun cuando sea quebrantando un poco el secreto del asunto puedo decir á usted. (A don Félix.) que mi memoria es lo más indulgente que puede ser la memoria de un magistrado; y que si llego á comprobar ciertos detalles (Con marcada ironía.) cuando acabe de ver todos mis papeles, acaso el señor de Vargas tenga muy poco que temer de la ley; tal vez nada.

FÉLIX ¡Oh, gracias! ¡Será éste un favor que agradeceré á usted eternamente!

VALD. ¡Oh, no! Favor, no; no puedo ni debo hacerlos en semejante caso, pero...

CLARA Sí, sí, ya has dicho bastante. ¡Le salvará! ¡Vaya si le salvará! Corra usted, señor de Olmedo, corra usted á casa de esos desdichados y tranquilice á Luisa! Llévela cuanto antes ese consuelo. Yo también iré á verla ó la escribiré participándole las buenas noticias que tenga.

FÉLIX Esa era mi intención; si usted me da permiso... (A Valdenebros.)

VALD Sí, sí, vaya usted... las buenas noticias deben llevarse pronto; pero no afirme nada: probabilidades, nada más que probabilidades. (Vase Félix. Clara se dirige á su cuarto, á la izquierda. Valdenebros la llama, pero luego se arrepiente, y le hace señas de que puede marcharse)

VALD. ¡Espera, Clara! (Pero... no, no; ¡antes él!) (Vase Clara.)

ESCENA X

VALDENEBROS, un momento ANTONIO. Valdenebros llama con la campanilla

ANT. (Desde la puerta) ¿Qué manda el señor?

VALD. Que conduzcan aquí, custodiado, al señor de Vargas, detenido esta mañana.

ANT. Está bien. (Vase.)

VALD. ¡Sí, primero á él! ¡Que el miserable lo confiese todo! ¡Que tenga yo la certidumbre de su infamia, y entonces, entonces... el castigo que le impondré será horrible. La muerte es poco... ¡sí, poco! ¡La honra, que le dolerá más!

ESCENA XI

VALDENEBROS, DON PABLO

VALD. Pase usted. (Don Pablo pasa, inclinándose; Valdenebros se adelanta, y después de indicar á los que han conducido á don Pablo, que pueden ser dos soldados ó el mismo Antonio, que esperen fuera, cierra la puerta.) Aproxímese y tome asiento. (Se sientan ambos. Don Pablo en la parte de afuera de la mesa, Valdenebros en su sillón.)

PAB Gracias, señor de Valdenebros, muchas gracias por las atenciones, por las infinitas bondades que me ha dispensado.

VALD. Deje usted eso aparte, y vamos á lo que más interesa. Le he hecho venir para...

PAB. Para lo que usted guste. Mi desdichada situación me priva del honor de ofrecerme á usted, puesto que usted es quien me ha de juzgar y de usted depende mi libertad y quizás mi vida.

VALD. Eso es verdad, pero no tanto como usted cree. Elevadas personas han tomado parte en el asunto; se ve que interesa .. especialmente —como todos los misterios—lo referente á la

caja. (Don Pablo se pone en pie.) Para eso le he llamado á usted.

PAB. ¡Para eso! Usted, señor Valdenebros, me había hecho concebir la esperanza de que no abriría esa caja.

VALD. Y he procurado hacerlo; es decir, por mi parte lo he hecho, he cumplido mi palabra; pero...

PAB. Qué, ¿acaso la han abierto?

VALD. No, (Con marcado fingimiento.) todavía no; y el hacerlo ó no hacerlo de pende exclusivamente de usted.

PAB. ¿De mí?

VALD. Sí, de usted Por eso le he llamado.

PAB. No comprendo... Ya he dicho acerca de eso todo cuanto tenía que decir.

VALD. No, todo no. Ha dicho usted que esa caja no le pertenecía, que era un depósito que había de devolver sin enterarse de lo que contenía.

PAB. Es cierto. Todo eso es verdad.

VALD. Yo transmití lo dicho por usted á su excelencia, añadiendo que creía en la palabra de honor que usted me dió: pero no se ha convencido; mejor dicho, no se ha dado por satisfecho, y dice...

PAB. ¿Qué dice?

VALD. Pues dice que. . aparte de ser muy sospechoso el interés que usted demuestra por ocultar lo que la caja contiene, y aun sin negar que sea cierto lo que usted afirma, puede usted mismo estar engañado acerca de la importancia de esos... papeles. Si al menos—añadió—supiéramos el nombre de la persona que se los había entregado...

PAB. ¡Ah, no! ¡Eso es imposible! He dado mi palabra de honor de callar, y callaré.

VALD. ¿Y si le hubieran á usted engañado? ¿Y si esos papeles que usted cree puramente particulares y de familia fuesen algo más que eso; si en ellos se encerrasen las principales pruebas de la conspiración que se persigue?

PAB. ¡Ah, eso no! Lo juro por mi honor.

VALD. ¿Tan seguro está usted de ello?

PAB. Segurísimo. Como si los hubiera visto. Al entregármelos me aseguraron que eran papeles íntimos de familia, y el que me lo dijo no falta á la verdad.

VALD. ¿Y no teme usted que puedan creer, á pesar de mis afirmaciones, que todo eso no es más que una añagaza de usted para ocultar los documentos más importantes?

PAB. Si su jefe de usted es hombre de honor y caballero, no pondrá en duda la palabra honrada de un hombre, que podrá estar extraviado en las ideas que profesa, pero que no ha mentido jamás, ni aun siquiera por salvar su vida. Además, ¿qué interés podría yo tener en ocultar papel alguno, si en los que usted ha recogido en mi casa están todas las pruebas de mi delito, y mi confesión lo ha confirmado plenamente?

VALD. (Duro.) ¿Conque, en resumen, se niega usted á confesar quién le entregó esa caja?

PAB. ¡Oh, sí, me niego! ¡suceda lo que suceda! Mi honor y mi conciencia me obligan á proceder de este modo, puesto que no tengo permiso del que me confió ese depósito para decir su nombre.

VALD. ¿Y si se lo concediera á usted?

PAB. ¡Oh! Entonces... ¡Pero no!... ¡Es imposible! Tal vez, aunque le importase mucho ocultarlo, consentiría en su publicación por favorecerme; pero yo no he de consentirlo. Y, por otra parte... como estoy preso, aquí habría de venir á que yo le consultase; y entonces... el secreto era inútil.

VALD. (¡Oh, el hipócrita, cómo se defiende!) (Alto.) Está visto que no podemos entendernos y que usted mismo conspira contra su interés; pero, no obstante, yo trataré de salvarle, á pesar suyo. (Con sarcasmo involuntario.)

PAB. ¡Oh, sí! Si usted nos salva, mi vida entera que le consagre será poco para pagar tan inmenso favor.

VALD. (Con ironía.) No, eso no. (Se levanta.) Nada tendrá usted que agradecerme, yo se lo aseguro. Y ahora... retírese, que ya veremos lo

que se ha de hacer. (Abre la puerta y se marcha don Pablo, de modo que se vea que va entre los que le aguardaban para custodiarle.)

ESCENA XII

VALDENEBROS, un momento ANTONIO

VALD. Ya no cabe dudar. Es él, ¡el ladrón de mi felicidad y de mi honra! ¡Miserias de esta humanidad desdichada é ingrata! ¡Pase usted una vida de austeridad y de honradez para conservar incólume el nombre sagrado que de sus padres recibiera; sepulte allá en el fondo, en lo profundo del corazón, los más tiernos afectos, las más dulces simpatías, á fin de que ni éstas ni aquéllos tuerzan ni quiebren el espíritu de rectitud y de justicia; levante usted del polvo á los humildes para elevarlos á su altura; tienda la mano generosa al desdichado que cayó en el abismo para tratar de salvarle y redimirle; y todo para esto!... (Con pasión amarguísima.) ¡Para encontrarse cuando ya las canas coronan su cabeza, con que el honor que procuró guardar, lo han derrochado otros, y la felicidad que creyó conseguir, otros también se la han robado! (Transición.) Pero... ¿qué es esto? ¿Voy á desfallecer, á temblar, cuando se acerca la hora de la certidumbre y de la venganza? No, es preciso llegar hasta el fin (Llama y se presenta Antonio.)

ANT. Señor...

VALD. Que venga la señora; y después, hasta que yo avise, no estoy en casa para nadie.

ANT. Está bien. (Vase.)

VALD. (Saca del cajón de la mesa la caja de Félix, y de ésta unas cartas, que guarda en el bolsillo.) Bien quisiera evitarme esta confesión que me ha de destrozar el alma; pero no es posible. Es preciso que ella lo declare, para que sus palabras ahonden y remuevan la herida que en el corazón me han causado, y que, aumentando mi dolor, aumenten también mi oido y mis deseos de venganza.

ESCENA XIII

VALDENEBROS, CLARA (Después de haber salido Antonio.)

CLARA ¿Me has llamado? (Valdenebros con calma cierra la puerta del foro; se dirige con gran pausa á Clara, le enseña las cartas que se guardó en el bolsillo y la dice:)

VALD. ¿Conoce usted estas cartas? (Clara guarda silencio sobrecogida.) ¿Calla usted?

CLARA ¿Y que he de responder á semejante pregunta?

VALD. No me desafíe usted con su silencio hipócrita, porque llegaré á perder la razón y la ahogaré á usted entre mis brazos.

CLARA Puede usted matarme; ni me quejaré ni pronunciaré una palabra.

VALD. ¿Que no hablará usted? (Comenzando á exasperarse.)

CLARA No; soy culpable, está usted en su derecho; hiera usted.

VALD. (Con ira.) ¿Es decir que usted no me ama? ¿Que no me ha amado nunca? ¿Que es una miserable que arrastra mi honra por el fango de sus vicios?

CLARA ¡Caballero! (Con dignidad.)

VALD. ¡Qué vergüenza y qué infamia! es usted la más indigna de las mujeres!

CLARA ¡No puedo más! No voy á defenderme. ¡Soy una vil, una miserable! Sí, hay infamia y vergüenza en todo esto; yo no niego la mía, pero cada cual debe cargar con su parte de responsabilidad. Cuando usted me eligió por esposa, ¿pensó usted ni por un momento en conquistar mi afecto? ¡No, nunca! Mi padre estaba arruinado y envuelto en un proceso... Usted era rico y era juez, y salvó usted á mi padre de la miseria y de la deshonra... pero no de balde, si no imponiéndole la condición de que yo había de ser su esposa de usted, es decir, tasándome como honorarios de su trabajo.

¿Que yo no le amaba? ¡Eso qué importa! después le amaría por obligación, ¿no es cierto? Pues no, no es así; no se ama por obligación ni por agradecimiento forzoso. ¡Si usted hubiese hecho todo aquello sin condiciones, tal vez; seguramente le habría llegado á amar! Pero no de este modo, porque entonces yo no pude menos de pensar: este hombre es rico y paga las deudas de mi padre á cambio de mi mano. Está bien: yo me sacrifico por amor á mi padre, pero este hombre... este hombre no me estima, me compra.

VALD. ¿Eso pensó usted, señora?

CLARA Sí, eso pensé, porque eso fué lo que usted hizo, acaso sin pensarlo; porque á la manera que el bandolero dice al caminante, «¡la bolsa ó la vida!», usted dijo á mi padre: «Tu hija ó tu honra!» y la hija se entregó.

VALD. ¡Desdichada!

CLARA Caballero, terminemos esta situación, que es intolerable para ambos. Se lo ruego encarecidamente.

VALD. ¿Terminar? Sí. Es preciso que termine con usted para empezar con él, con su amante.

CLARA ¡Oh! Él no es culpable. La culpable soy yo, yo que he faltado á mis deberes. Por eso acepto el castigo que usted quiera imponerme; pero él...

VALD. ¿Le defiende usted? ¿Luego le ama mucho?

CLARA Y (Con gran energía y apasionamiento.) ¡qué clase de mujer sería yo, si no amándole, hubiese faltado por él á todos mis juramentos y á todos mis deberes!

VALD. ¡Calle, calle usted! porque oyéndola siento que se me escapa lo poco que de razón me queda, y mis brazos se retuercen, y mis dedos se crispan como si ya tuviese entre mis manos su garganta. ¡Como si la ahogase!

CLARA ¡Hágalo usted y se lo agradeceré!

VALD. ¡No, todavía no! Ahora, dígame usted el nombre de su amante.

CLARA (Aparte con alegría mal contenida.) ¡Oh, ignora su nombre! (Alto.) ¡Eso, jamás!

VALD. (Cogiéndola del brazo y sacudiéndola con ira.) ¡Lo exijo! ¿Me entiende usted? ¡Lo exijo!

CLARA ¡Jamás! No consentiré tal cobardía!

VALD. Pues bien; su silencio no le salvará. Sé su nombre.

CLARA Si lo sabe usted, ¿por qué exigirme que yo lo diga?

VALD. Porque además de tener la prueba, quería oír á usted misma pronunciar el nombre del traidor. Es el coronel Vargas.

CLARA ¿El coronel Vargas? ¿El hermano de Luisa?

VALD. Sí. ¿Lo confiesa usted?

CLARA No, De ninguna manera. ¿Cómo confesarlo, si apenas conozco á ese hombre?

VALD. Ya contaba yo con esa negativa. Pero, es inútil. ¿No sabe usted que estas cartas las he encontrado en su casa al hacer el registro de sus papeles? ¿Se atreve usted ahora á negar?...

CLARA He dicho á usted cuanto tenía que decirle; no hablaré ni una palabra más.

VALD. No hace falta. Esa confesión es inútil. Todo acude ahora á mi memoria para hacer patente, á la vez que la infamia de usted, mi imbecilidad y mi deshonra. Ahora recuerdo sus frecuentes visitas á casa de ese hombre, con pretexto de ver á su hermana; los continuos elogios que le prodigaba; todo, todo se presenta ahora á mi vista claro como la luz del día. Pero no importa. Ha llegado la hora de la expiación y la habrá cumplida... ¡sí, la habrá!

CLARA Está en su mano de usted. En cuanto á mí, la acepto. En cuanto á él es usted su juez. Su vida depende de una sentencia que usted ha de pronunciar. Pero... tenga usted cuidado si quiere conservar esa fama de magistrado íntegro y de hombre justo de que tanto se envanece; tenga usted cuidado, porque pudiera usted verter la sangre de un inocente!

VALD. ¡No! Al contrario. A otro que á él le matataría, pero no como juez, si no como hombre; no valiéndome de la ley, si no con mis

manos. Ahogándole, si era preciso, si el acero ó el plomo se negaban á secundar mis intenciones Con él... haré otra cosa... Tengo una venganza mejor... En cuanto á usted señora... una cosa no más tengo que advertirle. Existe algo en mí, superior á todas las consideraciones, á todos los goces, á todos los dolores, á todas las afrentas... Este... algo, es el respeto religioso á la honradez de mi nombre de éste nombre que heredé de mi padre, inmaculado, y que ha de desaparecer conmigo tan honrado y tan puro como lo recibí. Podría divorciarme; podría hacer á usted pasar su vida en reclusión entre mujeres, quizá no tan infames como usted; podría matarla, pero... no haré nada de eso; cualquiera de estas soluciones me deshonraría públicamente. No quiero escándalo, ¿me entiende usted? Nadie sabrá lo que ha pasado, absolutamente nadie; para el mundo viviremos como si nada hubiera acontecido, como si usted fuera una mujer honrada y yo un hombre feliz. No piense usted por eso que renuncio á vengarme; pero ni una palabra, ni un gesto que haga conocer á nadie nuestra deshonra y mi desdicha, pues de lo contrario... juro á Dios, que sabe mis sufrimientos y mis amarguras, que quedará memoria eterna de la catástrofe que provocaré. ¿Me ha comprendido usted, señora?

CLARA. Sí.

VALD. ¿Y obedecerá ciegamente?

CLARA. Obedeceré.

VALD. Pues desde este momento... á fingir; á desempeñar su papel. Esta noche á recibir las visitas como de costumbre, á engañar al mundo, ¡ya que por tanto tiempo me ha engañado usted á mí! (Vase Valdenebros.)

ESCENA XIV

CLARA.

Sí, sí; á fingir y á morir lentamente; pero á salvarle de tus odios y de tus rencores. Sí, ¡las cartas no tenían nombre alguno! ¡Bien lo recuerdo! Quizá, probablemente cometo una infamia; pero yo no he dicho que el coronel Vargas sea mi amante; lo he negado. Cuanto más hubiera yo insistido en esta negativa, más se hubiera aferrado él á su idea. Y además, ha dicho, que no le mataría, no obstante, ser reo de conspiración... y á Félix, ¡Oh, sí! ¡Para Félix, no habría piedad! ¡A éste sí que le mataría!

ESCENA XV

CLARA y FÉLIX.

FÉLIX ¡Clara!
CLARA ¡Llegas á tiempo!
FÉLIX ¿Qué ocurre? Sabe...
CLARA ¡Sí, lo sabe todo!
FÉLIX ¿Todo?
CLARA Todo menos tu nombre, y ese...
FÉLIX ¿Qué?
CLARA ¡Ese no le sabrá jamás!
FÉLIX No comprendo...
CLARA Escúchame bien. Nuestra falta está descubierta. Mi honra y mi dicha están perdidas para siempre. En este naufragio de todas mis esperanzas, sólo me resta salvar una cosa; tu nombre ignorado aún por mi marido. Sabe que tengo un amante, pero ignora quién es. Con denunciarte no me salvarías y te perderías tú, perdiendo así el único amparo que me resta. Te juro, pues, (Con mucha resolución.) que en el momento en que descubras este secreto, que yo he procurado y

procuraré guardar, acaso á costa de mi conciencia y de mi salvación, en ese momento habré dejado de existir. Ahora, adiós. (Vase sin aguardar contestación ni atender á Félix, que hace movimientos para detenerla.)

ESCENA XVI

FÉLIX.

Todo menos mi nombre. Sí, ya comprendo; las cartas no le llevaban... Pasaron á mi mano de la mano de ella. No teníamos confidente y era innecesaria la dirección. Per entonces... Valdenebros buscará, inquirirá por todas partes. ¿Sospechará de don Pablo? ¡Eso no! Es preciso averiguarlo, porque entonces... mi pobre amigo estaba perdido. ¡Su muerte afrentosísima sería segura!

ESCENA XVII

FELIX, VALDENEBROS, ANTONIO

VALD. (Entrando.) ¿Está usted ya de vuelta, señor de Olmedo?

FELIX Sí.

VALD. ¿Y ha visto usted á la familia del señor de Vargas?

FELIX Sí, la he visto.

VALD. ¿Y cómo están?

FELIX ¡Ya puede usted figurarse! Desolados, sumidos en el mayor dolor y en la más profunda amargura.

VALD. Pues pronto cesará su tristeza.

FELIX ¿Qué dice usted?

VALD. Pues eso: que pronto habrán desaparecido los motivos de su amargura.

FELIX ¿Qué piensa usted hacer?

VALD. Va usted á verlo. (Toca la campanilla y se presenta Antonio, al que dice.) Que venga el coronel Vargas solo y libre.

ANT. Está bien. (Vase.)

VALD. (A Félix) Quiero demostrar á usted que, aun que tengo esta fama de inflexible y, ¿por qué no decirlo?, de cruel, no lo soy tanto como parece.

FELIX ¿Será posible? (Entonces no sospecha de él.) (Alto.) ¡Oh, gracias!

VALD. Sí, es cierto; será puesto en libertad; pero que no sepa que es por mi mediación. Que no sospeche siquiera que falto á mi deber en su beneficio; que lo agradezca á otros, no á mí.

ESCENA XVIII

DICHOS, DON PABLO. Al entrar don Pablo Félix se lanza á él y le abraza con entusiasmo. Valdenebros sonríe irónicamente

FELIX ¡Don Pablo! ¡Mi buen amigo!

PAB. ¡Félix!...

FELIX ¡Libre, libre! ¡Qué dicha!

VALD. ¿Quiere usted, señor de Olmedo, tener la bondad de dejarnos un momento solos á don Pablo y á mí?

FELIX ¡Oh, sí! Lo que usted guste.

VALD. (Con afectada galantería.) Aún tengo que actuar un momento de juez, pero seré muy breve.

FELIX Sí, sí Hasta después. Voy á comunicar á Luisa tan grata noticia. (Vase.)

ESCENA XIX

VALDENEBROS, DON PABLO

PAB. ¿Es cierto lo que oigo? ¿Estoy en libertad?

VALD. Completamente libre.

PAB. Pero... el tribunal, el jefe..

VALD. Ha firmado la orden. Alguien, sin duda, de gran influencia se ha interesado por usted. Yo, por mi parte, lo ignoro.

PAB. (Como dudando.) ¿Y estoy libre por completo? ¿No se me destierra? ¿Puedo permanecer en Madrid?

VALD. Donde usted quiera.

PAB. ¿Sin temor á ser molestado?

VALD. Sin temor alguno.

PAB. ¿Y mis papeles?

VALD. Los conocidos... unidos quedan al legajo del proceso. En cuanto á los de la caja... esperamos que, al menos en agradecimiento, nos declare...

PAB. ¿De quién son? ¡Jamás! A ese precio no quiero la libertad.

VALD. ¿No la quiere?

PAB. No. Puede usted volverme á la prisión.

VALD. (Tendrás la libertad, aunque no la quieras.) Entonces... esta es la orden que tengo. (Coge la caja y echa los papeles al fuego dejándola después sobre la mesa.)

PAB. ¡Al fuego!

VALD. ¡Sí, al fuego! (Así queda destruída la prueba más patente de mi deshonra.)

PAB. Pero...

VALD. Es lo menos que se puede hacer y lo más que han podido conseguir las personas que por usted se interesan... Usted. libre; los papeles, al fuego... ¡Usted se ha empeñado en callar!...

PAB. No podía obrar de otra manera.

VALD. Bien; pues á pesar de la obstinada conducta de usted, su excelencia, que no es tan cruel como parece, le pone á usted en libertad. Ya es usted libre. (Señalando con la mano á la puerta.)

PAB. Pero... permítame usted que agradeciéndole sus bondades...

VALD. Nada tiene usted que agradecerme á mí.

PAB. Bien, á quien sea. Pero permítame que me extrañe. El hecho por el cual fuí detenido, está probado; además, yo declaré la verdad, puesto que el negarla era imposible. ¿Cómo...?

VALD. Nada sé. Cuando he ido á notificar la contestación de usted respecto á esos papeles,

estaba ya firmada la orden de libertad, y ya se habrá hecho pública.

PAB. Pero, ¿y mis compañeros, los comprometidos conmigo, los que por las listas recogidas en mi casa han sido presos también?

VALD. Respecto de esos, repito que nada sé. Usted era la única persona cuya suerte me interesaba conocer.

PAB. Pero, ¿habrán sido también puestos en libertad, no es cierto? Porque yo era el más comprometido.

VALD. Repito á usted que lo ignoro; pero probablemente no.

PAB. (Comenzando á impacientarse.) Pero, entonces... libre yo... y ellos presos... ¡Jesús, qué idea! No puede ser.

VALD. (Hosco.) ¿Qué más desea usted? Estaba preso, le amenazaba el presidio y acaso el patíbulo, y está usted en libertad...

PAB. (Con fiereza.) Pero, ¿cuáles son los motivos de esa orden? ¿En qué se fundamenta?

VALD. Aquí tiene usted una copia; lea usted. (Dándole un papel.)

PAB. (Coge el papel y lee. A medida que lo hace irá marcando la aflicción, el asombro y la ira que le causa la lectura, hasta llegar á la explosión final. Esto es puramente subjetivo y queda encomendado al talento y á la inspiración del actor.) «En atención á los méritos contraídos por el señor don Pablo de Vargas, que ha merecido bien del rey y de la patria denunciando á la justicia el delito de rebelión que contra el orden establecido se tramaba, el dicho don Pablo de Vargas será puesto en libertad.» (Hablado.) ¡¡Jesús!! ¡¡Traidor yo!! ¡Dios mío! ¡tened misericordia de mí! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

CLARA, DON APOLINAR y DON EMETERIO.—Clara sentada. Ellos de pie como si acabaran de entrar. Es de noche

EMET. Pues, señora, temí que... con motivo de estos sucesos, que naturalmente han de aumentar el trabajo de don Ignacio, no podríamos tener el gusto de verles esta noche.

CLARA (Preocupada.) No, por eso no. Ignacio está siempre ocupadísimo.

APOL. En efecto, parece que se ha descubierto una tremenda conspiración.

CLARA Sí.

EMET. Esos pícaros negros no descansan. Pero... en buenas manos han caído. Ya les darán lo que merecen.

APOL. El señor de Valdenebros ha prestado un gran servicio á la causa del Rey.

EMET. A nuestro amado monarca y á nuestra santa religión. Y espero, y ya me regocijo con la idea, que alguno de esos herejes irán á la horca. ¿No es verdad, señora?

CLARA No sé.

EMET. Deberán, deberán ir. Sólo de este modo será eficaz el ejemplo. Y dicen que el jefe de

ellos se ha arrepentido y los ha delatado. A ese está bien que se le perdone.

APOL. Eso se dice. Por cierto que es una accion que yo repruebo, aunque resulte en nuestro beneficio.

EMET. Pues yo no. Yo la creo altamente laudable; y me parece, señor don Apolinar, que se compadece usted demasiado de esos pícaros liberales.

APOL. Yo no me compadezco de nadie, señor don Emeterio, ¿lo entiende usted? Lo que hay es que usted se ha educado en las sacristías y yo en el campo de batalla. Cuando tengo enfrente al enemigo, todos los medios me parecen buenos para acabar con él; pero cuando está vencido y preso, y sobre todo cuando es víctima de una traición como esta...

EMET. No importa. Siempre es meritorio exterminar á los enemigos de Dios y del Rey.

ESCENA II

DICHOS y LUISA

LUISA (Entrando.) ¡Clara!

CLARA (Levantándose y saliendo al encuentro.) ¡Querida Luisa!

APOL. Vaya, señora, la estamos á usted molestando con estas conversaciones tan desagradables. Ya está usted acompañada y...

EMET. Sí, vamos á buscar por aquí á don Ignacio.

CLARA Sí, sí; vayan ustedes; ahí le encontrarán. (Saludan y se retiran.)

ESCENA III

CLARA y LUISA

CLARA ¡Cuánto celebro que al fin te hayas decidido á venir!

LUISA Sí, era preciso.

CLARA No sabes cuánto te lo agradezco. Ya ves, estaremos solas. Solo vienen dos ó tres amigos de mi marido que le distraen jugando hasta las diez. ¿Te quedarás hasta esa hora?

LUISA No, no puedo.

CLARA ¿Qué tienes? ¿Te sucede algo?

LUISA Sí, algo muy grave me sucede.

CLARA Habla.

LUISA No me agradezcas la visita. No vengo por tí, sino por mí.

CLARA No te entiendo.

LUISA Ahora me entenderás. (Pausa.) Ya conoces las angustias que me causó la prisión de mi hermano y la alegría inmensa que recibí al tener noticias de su libertad.

CLARA Pena y alegría que he compartido contigo; pues no ignoras cuánto me he interesado con mi marido en favor de tu hermano.

LUISA Sí, ya lo sé (Con frialdad.) y te lo agradezco; pero no se trata de eso, sino de algo más grave todavia.

CLARA ¿Más grave?

LUISA Sí. Cuando yo me regocijaba con la noticia de la libertad de mi hermano, noticia que acababa de comunicarme el señor de Olmedo, vi entrar á Pablo desencajado, lívido, llevando la muerte en el semblante y una aterradora expresión de ira en su mirada; y sin hacerme caso, sin atender á mis ruegos ni devolverme mis caricias, se encerró en su habitación exclamando: «¡Me han perdido! Estoy deshonrado. ¡No me queda más salvación que la muerte!»

CLARA ¿Eso dice?

LUISA Sí, eso.

CLARA Es extraño, porque yo creí hacerle un gran beneficio intercediendo, como intercedió también Félix, el señor de Olmedo, á favor de su libertad.

LUISA (Con energía.) Sí; como beneficio lo recibí yo también, pero... es que sin duda ignoras que al concederle la libertad, no han encontrado otra razón en qué fundarse que la de suponer, que mi hermano, mi Pablo, ha de-

latado á sus compañeros, y esto... esto no sólo es la muerte, es algo mil veces peor; ¡es, es la infamia por toda la eternidad!

CLARA ¿Y tú crees?

LUISA Creo... que eso es una venganza de tu marido; y aunque sospecho la causa de ella, no tengo la certeza; pero la tendré, sí, la tendré; porque á eso he venido y tú me la darás.

CLARA ¿Yo? (Aterrada.)

LUISA Sí, tú.

CLARA Pero... si yo no sé nada. Sólo sé que con el señor de Olmedo me interesé...

LUISA (Sin dejarla acabar.) ¡Ah, sí! El señor de Olmedo; también está mezclado en este asunto el señor de Olmedo y esa es la causa de tu silencio; pero yo lo aclararé; con tu ayuda... si á ayudarme te avienes, si no... sola, con la ayuda de Dios.

CLARA No te comprendo.

LUISA Hablemos con claridad. La causa de la persecución de tu marido á mi infeliz hermano es el no haber querido éste revelar quién le entregó un depósito que entre los papeles de la conjuración encontró el señor de Valdenebros en mi casa. Pues óyeme bien: nadie, ¿me entiendes? nadie más que el señor de Olmedo, al ir á batirse esta mañana, ha entregado depósito alguno á mi hermano, ¿comprendes ahora?

CLARA No; no veo la relación.

LUISA Yo tampoco la veía al principio, porque ignoraba de qué se trataba; pero después lo he sabido todo; me ha enterado Martín, el antiguo asistente de mi hermano.

CLARA ¿Y supones?...

LUISA Supongo la realidad. Ese depósito era una caja, un cofrecillo; Martín me lo ha explicado bien; ese cofrecillo contenía papeles de la mayor importancia, según dijo el mismo señor Olmedo, el cual... (Bajando la voz.) en su desesperación, al saber que tu marido se le había llevado, pronunció tu nombre con lástima, sin darse cuenta de que alguien le escuchaba.

CLARA ¡Dios mío!

LUISA Sí; y esos papeles eran, indudablemente, tus cartas; las que escribías á Félix, después de tu casamiento; porque... á pesar de todo, seguíais amándoos.

CLARA ¡No, no es cierto!

LUISA Sí. Esas cartas son las que ha cogido tu marido. Yo no se por qué persigue á mi hermano en vez de vengarse del verdadero culpable Algo hay aquí que no comprendo, pero no importa, lo sabré. Mira, Clara, (Enternecida y cariñosa.) amiga mía, sé generosa. Yo no quiero perderte; te quiero como siempre; soy tu amiga, tu cariñosa compañera, yo no quiero tu perdición, no, pero por Dios, busca un modo, busquémosles juntas, ayúdame á devolver á mi hermano su honra y su dicha, porque si no... (Enérgica.) no respondo de lo que haré.

CLARA ¡Oh, sí, Luisa mía! Sí; te ayudaré, haré todo cuándo pueda, ¡pero por Dios, compadécete de mí! ¡Ven, ven, siento su voz, es él, ¡ten piedad de mí! (Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

DON PABLO y VALDENEBROS

VALD. (Dejando pasar á don Pablo. ¡Otra vez por aquí, señor de Vargas!

PAB. Sí, otra vez, y otra, y hasta ciento si fuera preciso. ¿Le extraña á usted?

VALD. En efecto, debo confesarle que por lo menos creo inútiles...

PAB. ¿Mi insistencia y mis ruegos?

VALD. Sí, su actitud. (Con ironía.) Estaba usted á las puertas de la muerte, casi en las gradas del patíbulo; la real clemencia, movida por las súplicas de algunas personas que por usted se interesaban, busca un pretexto para arrancarle de la muerte y devolverle la libertad. ¿Qué pretende usted todavía?

PAB. Pretendo mi honra, busco mi honor y la

tranquilad de mi vida. Deseo la libertad de todos mis compañeros ó mi prisión con ellos; y con ellos también mi tormento y mi muerte.

VALD. ¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

PAB. Sí, mucho. Usted tiene que ver mucho con todo esto, puesto que usted me ha reducido á prisión, usted ha registrado mis papeles y en ellos ha visto que yo soy el principal, casi el único culpable de todo; usted sabe que yo no he delatado á nadie, usted sabe por qué me han devuelto la libertad, esta libertad tan anhelada siempre, y que yo ahora maldigo, sí, maldigo, porque la he conseguido á costa de mi honra inmaculada.

VALD. (¡Oh, mi venganza es completa! ¡Honra por honra!) ¿Y qué quiere usted que yo le diga? Su Excelencia lo ha dispuesto así.

PAB. ¡Por Dios, señor de Valdenebros! ¡Usted que en otras ocasiones me ha demostrado simpatías, compadézcase de mí! ¡Se lo ruego por la memoria de su madre, por sus amores castos!..

VALD (¡Mis amores! ¡Ah, miserable!)

PAB. Por su honor, al cual usted rinde culto tan sagrado, compadézcase de mí, dígame á qué obedece esta trama infernal que me aniquila y me ahoga. Dígamelo, por Dios, ó quíteme la vida que me atormenta. Porque así moriré con honor; en tanto que si no me ampara moriré también, pero deshonrado y escarnecido!

ESCENA V

DICHOS y DON FÉLIX

FÉLIX (Desde la puerta.) ¡Don Pablo!

PAB. ¡Félix!

FÉLIX ¿Estorbo acaso?

VALD. No, no; pase usted, señor de Olmedo. (Félix entra y da la mano á don Pablo.) Llega usted á

tiempo. No podía venir con más oportunidad.

FÉLIX ¿Pues qué ocurre? ¿Puedo serles útil en algo?

PAB. Ocurre, que estoy deshonrado, querido Félix.

FÉLIX ¡Usted deshonrado! Eso es imposible.

VALD. Ocurre que está loco. (Con ironía.) Después del trabajo que ha costado salvarle... se empeña en que está deshonrado y quiere que le vuelvan á la prisión.

FÉLIX ¿Eso es cierto?

PAB. Sí, es verdad... pero no estoy loco.

FÉLIX (¿Qué misterio es este?)

VALD. Conque.. ahí le dejo con él. (A Félix.) A ver si usted le hace que sea razonable. (A don Pablo.) Caballero... usted me dispensará, pero otras personas me esperan y no puedo desatender á los que me favorecen. (Vase.)

ESCENA VI

DON PABLO y FÉLIX

FÉLIX Vamos, cálmese usted, querido don Pablo, y dígame lo que le sucede. Ya sabe usted que soy su verdadero amigo.

PAB. Sí, ya lo sé, querido Félix. Ansiaba verte, tenía necesidad de hablar contigo... pero ese hombre tiene razón; ¡estoy loco! ¡Si supieras!...

FÉLIX Yo también deseaba ver á usted. Le he buscado con ansiedad.

PAB. Sí, ya comprendo. A tí también te ha tocado tu parte en esta desgracia. Tu depósito ..

FÉLIX ¡Sí!

PAB. Ya sabes lo que ha acontecido. Se lo llevó él con todos mis papeles. No me valieron ruegos ni súplicas. Todo fué inútil.

FÉLIX Sí, lo sé. ¡Qué desdicha!

PAB. Pero no tan grande como pudimos temer.

FÉLIX ¿Que no tan grande? ¿Por qué?

PAB. A tí lo que te importaba era el secreto; pues

bien, ese ha sido guardado; los papeles han sido reducidos á ceniza sin leerlos.

FÉLIX ¿Usted cree eso?

PAB. Así me lo ha asegurado ese hombre Me dijo que no los había leído y yo mismo los he visto arder.

FÉLIX Le ha engañado á usted. ¡Los ha leído!

PAB. ¡Eso también! ¿Hay más vergüenzas y más dolores que sufrir? Perdóname, querido Félix, perdona mi desdicha. (Acongojado.)

FÉLIX No se trata ahora de eso. Lo que sucede es horrible, sí; pero de nada tengo que perdonar á usted puesto que de nada tiene culpa. Ocupémonos de usted; de su desgracia.

PAB. ¡Esta es tan grande, tan horrenda, que sólo tiene un remedio: la muerte!

FÉLIX ¡Oh! ¡Eso nunca! No está usted en su juicio.

PAB. Tú lo verás. No hay otro remedio á mi desventura.

FÉLIX Pero, sepamos de qué se trata. Yo creía que al estar en libertad...

PAB. Yo también en el primer momento lo creí una dicha; pero en seguida comprendí lo horrible de mi situación.

FÉLIX Explíquese usted.

PAB. En el primer instante me hice la ilusión de que el señor de Valdenebros había echado tierra al asunto y que no había preso á nadie más que á mí, dándome la libertad después, gracias á tu influencia y á la amistad de Luisa con Clara.

FÉLIX Esto último también lo creímos nosotros.

PAB. Desdichadamente la realidad más negra vino pronto á mostrarme lo triste de mi situación.

FÉLIX ¿Qué, querido don Pablo?

PAB. Que han fundamentado mi libertad en el servicio que he prestado descubriendo la conspiración.

FÉLIX ¡Qué horror!

PAB. Sí. ¡Horror tremendo! Se dice que los he vendido.

FÉLIX ¡Pero eso no lo creerá nadie! ¡Eso es imposible.

PAB. Lo cree todo el mundo. He recorrido las casas de todos mis compañeros y en todas ellas me han recibido con improperios y con insultos. En vano he tratado de justificarme; nadie me ha escuchado; para todas esas desdichadas familias soy el traidor, el miserable, ¡el Judas!...

FÉLIX ¡Pobre don Pablo! Pero eso se desvanecerá. Encontraremos medio de justificarle.

PAB ¡Imposible! ¡No hay otro que la prisión ó la muerte! He acudido á todas partes, y todas las puertas se han cerrado á mi llegada. En el Ministerio no me han recibido; sólo me han dicho que eso es incumbencia de la policía. Esta dice que el asunto sólo compete al juez que ha incoado el proceso, y éste, Valdenebros, ya has oído lo que dice: que no sé lo que pido. ¡Que estoy loco! ¡Ya ves, ya ves si tengo razón cuando digo que sólo la muerte puede librarme de tan cruel suplicio!

FÉLIX ¡La muerte, no!

PAB. ¡Sí, la muerte! La muerte por mi mano ó en el patíbulo; en ese patíbulo infamante y horrendo, y que ahora contemplo como un trono de gloria, en el que recobraré mi honor.

FÉLIX ¡No, eso no! Y el suicidio tampoco, nada probaría.

PAB. Sí. Verían al menos que yo no los he vendido por salvar la vida.

FÉLIX Creerían que era remordimiento, y no se rehabilitaba usted.

PAB. Es verdad.

FÉLIX ¡Don Pablo! ¡Amigo mío! ¡Valor!

ESCENA VII

DICHOS, LUISA.

LUISA (Saliendo por la izquierda.) ¡Pablo!

PAB. ¡Luisa! ¿Tú aquí? ¿Nada me habías dicho?

LUISA No, nada te dije por temor de que te opusieras á mi resolución; pero te ví tan herido

y tan angustiado, que juré volverte tu calma y lo conseguiré.

FÉLIX ¿Usted?

PAB. ¿Tú, mi pobre Luisa?

LUISA ¡Yo, sí!

PAB. ¿Y qué podrás tú, pobre mujer, contra estos enmarañamientos de la justicia?

LUISA Pues sí, he podido. Las mujeres somos muy sagaces; mucho más sagaces que los hombres. ¿No es cierto, señor de Olmedo?

FÉLIX (¿Qué quiere decir?...)

PAB. ¿Que has podido!... ¿Qué sabes? ¡Habla!

FÉLIX ¡Sí, hable usted!

LUISA Sé .. que aquí es donde está la causa de tu deshonra. (Aparte á don Pablo.) (El depósito; la caja del señor de Olmedo.)

PAB. (Aparte á Luisa.) ¡Oh! ¡Calla por Dios! le perderías. (Por Félix.)

LUISA Pero te rehabilitaré á tí.

FÉLIX ¡Luisa por Dios! ¡Una sospecha horrible se apodera de mi alma! ¡Hable usted, por compasión, hable usted!

PAB. ¡No! ¡Calla, calla! ¡No añadas una nueva desdicha á las que ya pesan sobre mí!

LUISA ¿Que hable? ¡Pues bien, sí, hablaré! Por la honra del nombre glorioso que llevó sin mancha una familia de héroes y de mártires, y que ahora se ve mancillado por la calumnia; hablaré pero sólo para decirle, (A Félix,) llame usted á esa puerta. (Señalando á la izquierda) ¡Ahí se encuentra el secreto de la desgracia de mi hermano!

FÉLIX ¡Clara!

LUISA Sí, ella. Las cartas de usted.

PAB. ¡No, no, calla! ¡Dios nos salvará!

FÉLIX ¡Jesús!

LUISA Vámonos... (A don Pablo.)

FÉLIX (Deteniendo á don Pablo.) ¡Ah, no! ¡Eso, jamás! No salga usted de esta casa. Si lo que ya sospechaba, si lo que Luisa acaba de indicarme es cierto, yo le juro por mi honor de caballero y de soldado, por la memoria de mi padre, que tanto le amaba y que le debía á usted la vida, yo le juro que le salvaré. (Vanse don Pablo y Luisa por el foro.)

ESCENA VIII

FÉLIX

FÉLIX (Llegándose á la puerta de la izquierda.) ¡Clara! ¡Clara! (¡Oh, sí, le salvaré, lo diré todo, aunque tenga que sacrificar mi vida y el amor de ella, de mi Clara, que es lo más sagrado para mí!

ESCENA IX

FÉLIX y CLARA

CLARA (Saliendo.) ¡Ah, eres tú! ¿Qué ocurre? ¿Qué nueva desgracia nos amenaza?

FÉLIX Ocurre, Clara mía, que ya es imposible el fingimiento, que no puedo más.

CLARA ¿Qué quieres decir?

FÉLIX Digo, que he llegado á convencerme de que tu marido cree al coronel Vargas culpable de nuestro delito.

CLARA ¿Que él cree culpable?...

FÉLIX Sí, lo cree, y se venga de él de la manera más horrible.

CLARA ¿Vengarse de él y le pone en libertad?

FÉLIX Pues esa es precisamente su venganza.

CLARA ¿Pero... estás loco? Lo primero es vivir. ¿Quién te ha dicho que este haya sido el motivo de la libertad de tu amigo? ¿Te lo ha dicho él?

FÉLIX ¡Ah, él no! El no me lo hubiera dicho aunque de cierto lo supiese. Pero me lo ha indicado claramente Luisa, su hermana, que como tú sabes, conocía el secreto de nuestros amores.

CLARA (Con energía.) Pues bien, sí, es cierto; pero no fuí yo quien lo dijo; él fué, mi marido el que se aferró á tal idea; yo negué al principio... negué, sí, hasta con energía; pero no me creyó, y entonces yo... callé.

FÉLIX ¡Pobre Clara mía! ¿Por qué no me lo dijiste todo? ¡Es horrible, horrible!

CLARA (Con más energía.) Porque no debí decírtelo, no; porque quise salvarte, porque tú eres para mí lo primero en el mundo. (Acercándose á Félix.) Escucha. Si él hubiera estado libre, si de mi acusación le hubiese sobrevenido la prisión ó la muerte, te juro que jamás, jamás habría dejado que mi marido sospechase de él; pero sucede lo contrario; precisamente por esta sospecha le pone en libertad, en tanto que á tí... ¡Oh! ¡A tí sí que te daría la muerte!

FÉLIX No, no lo hará; pero si lo hiciese... no importa, yo tengo un deber que cumplir, y lo cumpliré.

CLARA ¿Qué intentas hacer?

FÉLIX ¿Qué he de hacer? Lo que es indispensable, lo que exige mi honor y mi conciencia. Confesar la verdad.

CLARA ¡Pero eso es tu muerte!

FÉLIX Entre mi muerte, siendo culpable, y la muerte y la deshonra de don Pablo, que es inocente de este crimen, no tengo derecho á elegir.

CLARA ¡El no morirá!

FÉLIX Ese ha sido tu error. Morirá en breve si no le devolvemos su fama, sacrificada á nuestro egoísmo y á nuestra cobardía. Yo no puedo consentirlo, no; mi padre le debió un dia la vida. Yo le salvaré. Sólo hay un medio de resolverlo todo.

CLARA ¿Cuál?

FÉLIX ¡Huyamos! Nuestra fuga hará ver á tu marido que el culpable soy yo.

CLARA ¡Huir, no! ¡Huye tú solo!

FÉLIX ¿No? ¡Pues bien! ¿Tú lo quieres? Sea. (Llamando desesperado por el foro.) ¡Don Ignacio! ¡Señor Valdenebros!

CLARA ¿Qué haces?

FÉLIX ¡Ya lo ves! Llamarle, para arrojar esta angustia, que me pesa hasta ahogarme.

CLARA ¡No, no! ¡Calla! Huiré contigo si es preciso; pero no hables, no; ¡por piedad!

ESCENA IX

CLARA, FELIX, VALDENEBROS

CLARA (Viendo entrar á Valdenebros) ¡El!

FÉLIX (Aproximándose á Clara, en ademán de defenderla.) ¡Sí, él! ¡Ya es tarde! Dios mismo parece que le envía á tiempo para no amontonar más infamias.

VALD. (Sonriente.) ¿Ustedes aquí? ¿Me llamaba usted señor de Olmedo?

FÉLIX Sí, le llamo. Tengo que hablar á usted de un asunto importante.

VALD. ¿A mí? Bien... Estoy á sus órdenes. Ten la bondad de dejarnos, Clara.

CLARA Estoy enterada de lo que va á decir; por consiguiente, me quedo.

VALD. Está bien. Hable usted.

FÉLIX Señor Valdenebros, esta mañana, en cumplimiento de su obligación de magistrado, hizo usted un registro en casa de mi amigo el señor de Vargas.

VALD. (Con violencia.) Sí, pero eso no es nuevo para usted. ¿Por qué me habla usted más de ese hombre?

FÉLIX Permítame usted continuar. En ese registro se apoderó usted de un cofrecillo que el señor de Vargas tenía, y acerca del cual le aseguró que era un depósito.

VALD. ¡Bien! ¿Y qué? (Más violento.)

FÉLIX Esos papeles eran cartas.

VALD. (A Clara.) ¿Así ha cumplido usted su promesa?

FÉLIX Sí, la ha cumplido. Ella nada ha dicho. Esas cartas, que no tenían nombre alguno, no estaban dirigidas al señor de Vargas, aunque así lo haya usted creído al encontrarlas en su poder.

VALD. ¡Que no! ¿A quién estaban dirigidas entonces?

FÉLIX ¡A mí!

VALD. (Asombrado.) ¿A usted?

CLARA ¡Es falso!

FÉLIX ¡A mí! ¡Lo juro por mi honor!

CLARA ¡Miente!

FÉLIX ¡No, no miento! Yo soy el culpable. Lo confieso, no para hacer alarde de mi delito, que reconozco y abomino, sino para salvar á un inocente. (Señalando hacia fuera, donde está Vargas.)

VALD. Pero... ¡si no es posible!

FÉLIX ¡Sí, sépalo usted y acabe esa persecución terrible emprendida por usted injustamente contra un hombre de honor! ¡Vénguese usted en mí, y su venganza será justicia, pero no en él, que es inocente de este delito!

CLARA ¡No! se acusa por salvar á un amigo la honra y la vida.

VALD. (Con ira reconcentrada.) Sí; ¡la honra y la vida! Ambas habrá de darme; porque de aquél, de ese que no se llamaba mi amigo, cuya mano no estreché jamás, podría contentarme con la honra; pero ¡á éste! á éste le arrancaré también la vida.

FÉLIX No pienso disputársela. Disponga usted de ella á voluntad.

VALD. ¡Y yo que he calumniado á un hombre de bien! Pero... ¡se hará justicia... sí! ¡se hará!

ESCENA X

DICHOS, DON PABLO; después LUISA, DON EMETERIO y DON APOLINAR.—Entran mientras comienza el diálogo manifestando la sorpresa y la ansiedad propias de la situación, pero sin llamar la atención del público

PAB. ¿Qué sucede? ¡Félix!

VALD. (Colocándose delante de la mesa. Vargas en medio de la escena; Clara estará en primer término; Félix á la derecha de Clara y algo separado de ella; Luisa junto á Félix, á su derecha, y los otros dos en el fondo de la escena.) ¡Sucede que soy un mal juez, un magistrado infame!

EMET. ¿Usted?

VALD. Sí; yo, á quien todos tenían por un hombre intachable é incorruptible, he faltado á mi

conciencia y á la ley. Por llevar á cabo una venganza he deshonrado, acusándole de traidor, á ese hombre, (Señalando á Vargas.) que es modelo de lealtad y de honradez. Pues bien; esto es falso; yo juro por Dios que me oye que esto es falso. El traidor, el que ha de sufrir la pena infamante del patíbulo, es este. (Señalando á Félix.) ¿Es cierto que usted es el culpable? ¿Que esa caja contenía las pruebas de su culpabilidad y de su traición?

FÉLIX (Mirando á Clara.) ¡Sí, es cierto!

PAB. ¡No! ¡Es falso!

CLARA ¡Sí, falso; él no es conspirador!

VALD. ¡Señora! (Dirigiéndose á Clara con ira.)

CLARA ¡No es traidor! ¡Ni Judas! ¡Le castiga porque le amo! (Adelantando y acercándose á Félix con resolución.) ¡Sí, le amo!

FÉLIX ¡Clara mía!

VALD. (Ciego por la ira al ver que Félix tiende sus brazos á Clara, coge una pistola de las que hay sobre la mesa y dispara diciendo:) ¡No, mujer infame, eso no! ¡Muere, ya que has hecho pública mi deshonra! (Félix se pone ante Clara y recibe el tiro dirigido a ésta; cae herido. Todos se aproximan.)

CLARA ¡Jesús!

FÉLIX ¡Clara!

PAB. ¡Pobre amigo mío!

(Situación: Valdenebros queda erguido delante de la mesa; Félix cae en el sofá que habrá junto á la chimenea; Vargas acude á socorrerle al decir «¡pobre amigo mío!» Luisa, que se ha ido durante la escena, sostiene a Clara que cae desmayada sobre su hombro, y los otros dos quedan en el fondo de la escena.)

VALD. Como juez, he faltado á mi deber; como hombre, he lavado mi honra. Reo soy; pero tal es mi gozo, que si fuera posible, firmaría yo mismo mi sentencia. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de *Hijos de Cuesta*, Carretas, 9; *Fe*
nando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; *José Ru*
y Compañía (librería Gutenberg), Plaza de San
Ana, 13; *Antonio San Martín*, Puerta del Sol,
M. Murillo, Alcalá, 7.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares direct
mente á esta casa editorial acompañando su importe en sell
de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no será
servidos.